PREPARACIÓN PARA LA MUERTE (2ª Parte)
San Alfonso Mª de Liborio

SÉPTIMA CONSIDERACIÓN

SENTIMIENTOS DE UN MORIBUNDO NEGLIGENTE QUE APENAS HA PENSADO EN LA MUERTE

Dispone domui tuae, quia morieris tu, et non vives
Dispón de tu casa, porque vas a morir y estás al fin de tu vida.
Is., 38. I

PUNTO PRIMERO
Terror y remordimiento del pecador moribundo

Imagina que estás junto a un enfermo a quien quedan pocas horas de vida. ¡Pobre enfermo! Mirad cómo le oprimen y angustian los dolores, desmayos, sofocaciones y falta de respiración y el sudor glacial y el desvanecimiento, hasta el punto de que apenas siente, ni entiende, ni habla. Y su mayor desdicha consiste en que, estando ya próximo a la muerte, en vez de pensar en su alma y apercibir la cuenta para la eternidad, sólo trata de médicos y remedios que le libren de la dolencia que le va matando. No son capaces de pensar más que en si mismos, dice San Lorenzo Justiniano al hablar de tales moribundos. Pero ¿a lo menos, los parientes y amigos le manifestarán el peligroso estado en que se halla? No; no hay entre todos ellos quien se atreva a darle la nueva de la muerte y advertirle que debe recibir los santos sacramentos. Todos rehuyen el decírselo para no molestarle! (¡Oh Dios mío!, gracias mil os doy porque en la hora de la muerte haréis que me asistan mis queridos hermanos de mi Congregación, los cuales, sin otro interés que el de mi salvación, me ayudarán todos a bien morir.) Entre tanto, y aunque no se le haya dado anuncio de la muerte, el pobre enfermo, al ver la confusión de la familia, las discusiones de los médicos, los varios, frecuentes y heroicos remedios a que acuden, se llena de angustia v de terror, entre continuos asaltos de temores, desconfianza y remordimientos, y duda si habrá llegado el fin de sus días. ¿Qué no sentirá cuando, al cabo, reciba la noticia de que va a morir? Arregla las cosas de tu casa, porque morirás y no vivirás. (Is., 38, 1). ¡Qué pena tendrá al saber que su

enfermedad es mortal, que es preciso reciba los sacramentos, se una con Dios y vaya despidiéndose del mundo! ¡Despedirse del mundo! Pues ¿cómo? ¿Ha de despedirse de todo: de la casa, de la ciudad, de los parientes, amigos, conversaciones, juegos, placeres?... Sí, de todo. Diríase que ante el notario, ya presente, se escribe esa despedida con la fórmula: Dejo a tal persona; dejo. Y consigo ¿ qué llevará? Sólo una pobre mortaja, que poco a poco se pudrirá con el muerto en la sepultura. ¡Oh, qué turbación y tristeza traerán al moribundo las lágrimas de la familia, el silencio de los amigos, que, mudos cerca de él, ni aun aliento tienen para hablar! Mayor angustia le darán los remordimientos de la conciencia, vivísimos entonces por lo desordenado de la vida, después de tantos llamamientos y divinas luces, después de tantos avisos dados por los padres espirituales, y de tantos propósitos hechos, mas no cumplidos o presto olvidados. «¡Pobre de mí—dirá el moribundo—, que tantas luces recibí de Dios, tanto tiempo para arreglar mi conciencia, y no lo hice! ¡Y ahora me veo en el trance de la muerte! ¿Qué me hubiera costado huir de aquella ocasión, apartarme de aquella amistad, confesarme todas las semanas? Y aunque mucho me hubiese costado, ¿no hubiera debido hacerlo todo para salvar mi alma, que más que todo importa? ¡Oh, si hubiera puesto por obra aquella buena resolución que forme, si hubiera seguido como empecé entonces, qué contento estaría ahora! Mas no lo hice, y ya no es tiempo de hacerlo...» Los sentimientos de esos moribundos que en vida olvidaron su conciencia se asemejan a los del condenado que, sin fruto ni remedió, llora en el infierno sus pecados como causa de su castigo.

AFECTOS Y PETICIONES

Estos son, Señor, los sentimientos y angustias que tendría si en este instante me anunciaran mi próxima muerte. Os doy fervientes gracias por esta enseñanza y por haberme dado tiempo para enmendarme. No quiero, Dios mío, huir más de Vos. Bastantes veces me habéis buscado, y si ahora resisto y no me entrego a Vos, fundadamente debo temer que me abandonaréis para siempre. Con el fin de que os amara, formasteis mi corazón; mas yo le empleé mal, amando a las criaturas y no a Vos, Creador y Redentor mío, que disteis por mí la vida. No sólo dejé de amaros, sino que mil veces os he menospreciado y ofendido, y sabiendo que el pecado os disgustaba en extremo, no vacilé en cometerle. ¡Oh Jesús mío, de todo ello me arrepiento, y de todo corazón aborrezco lo malo! ¡ Mudar quiero de vida, renunciando a todos los placeres mundanos para sólo a Vos amar y servir, oh Dios de mi alma! Y pues me habéis dado grandes muestras de vuestro

amor, quisiera yo ofreceros antes de mi muerte algunas del mío. Acepto desde ahora todas las enfermedades y cruces que me enviéis, todos los trabajos y desprecios que de los hombres recibiere. Dadme fuerzas para sufrirlo en paz, por amor a Vos, como deseo. Os amo, bondad infinita; os 62 amo sobre todas las cosas. Aumentad mi amor y concededme la santa perseverancia. ¡María, mi esperanza, ruega a Jesús por mí!

PUNTO SEGUNDO
Vanos deseos del pecador moribundo

¡Oh, cómo en el trance de la muerte brillan y resplandecen las verdades de la fe para mayor tormento del moribundo que haya vivido mal; sobre todo si ha sido persona consagrada a Dios y tenido, por tanto, más facilidad y tiempo de servirle, más inspiración y mejores ejemplos! ¡Oh Dios, qué dolor sentirá al pensar y decirse: he amonestado a los demás y he obrado peor que ellos; dejé el mundo, y he vivido luego aficionado a la vanidad y amor del mundo! ¡Qué remordimiento tendrá al considerar que con las gracias que Dios le dio, no ya un cristiano, sino un gentil, se hubiera santificado! ¡Cuan no será su pena recordando que ha menospreciado las prácticas piadosas, como hijos de la flaqueza de espíritu, y alabado ciertas mundanas máximas, frutos de la estimación y amor propios, como el de no humillarse, ni mortificarse, ni rehuir los esparcimientos que se ofrecían! El deseo de los pecadores perecerá (Sal. 111, 10).

¡Cuánto desearemos en la muerte el tiempo que ahora perdemos! Refiere San Gregorio en sus Diálogos que había un tal Crisancio, hombre rico, de malas costumbres, el cual, en la hora de la muerte, dirigiéndose a los enemigos que visiblemente se le presentaban para arrebatarle, exclamaba: ¡Dadme tiempo, dadme tiempo hasta mañana! Y ellos le respondían: «¡Insensato!, ¿ahora pides tiempo? ¿No le tuviste y perdiste y le empleaste en pecar? ¿Y le pides ahora, cuando ya no le hay para ti?» El desdichado seguía pidiendo a voces socorro y auxilio. Hallábase allí cerca de él un monje, hijo suyo, llamado Máximo, y el moribundo decía: ¡Ayúdame, hijo mío; Máximo, ampárame! Y entre tanto, con el rostro como de llamas, revolvíase furioso en el lecho, hasta que, así agitándose y gritando desesperado, expiró miserablemente[1].

Ved cómo esos insensatos aman su locura mientras viven; pero en la muerte abren los ojos y reconocen su pasada demencia. Mas sólo les sirve eso para acrecentar su desconfianza de poner remedio al daño. Y muriendo

así, dejan gran incertidumbre sobre su salvación. Creo, hermano mío, que al leer este punto te dirás a ti mismo que esto es gran verdad. Pues si así es, harto mayor sería tu locura si, conociendo estas verdades, no te enmendases a tiempo.

Esto mismo que acabas de leer sería para ti en la hora de la muerte como un nuevo cuchillo de dolor.

Animo, pues; ya que estáis a tiempo de evitar muerte tan espantosa, acudid pronto al remedio, sin esperar como ocasión oportuna la que no ha de ofrecer ninguna esperanza. No la dejéis para otro mes ni otra semana. ¿Quién sabe si esta luz que Dios, por su misericordia., os concede será la luz postrera, el último llamamiento que os da? Necedad es no querer pensar en la muerte, que es segura, y de la cual depende la eternidad. Pero aún es necedad mayor el pensar en la muerte y no prepararse para bien morir. Haced ahora las reflexiones y resoluciones que haríais si estuvieseis en ese trance. Lo que ahora hiciereis lo haréis con fruto, y en aquella hora será en vano. Ahora, con esperanza de salvaros; entonces, con desconfianza de alcanzar salvación. Al despedirse de Carlos V un gentilhombre[(2)] que abandonaba el mundo para dedicarse a servir a Dios, preguntóle el emperador por qué causa dejaba la corte. Y aquél respondió: «Es necesario para salvarse que entre la vida desordenada y la hora de la muerte haya un espacio de penitencia.»

AFECTOS Y PETICIONES

No, Dios mío; no quiero abusar más de vuestra misericordia. Os doy gracias por las luces con que me ilumináis ahora, y prometo mudar de vida, conociendo que no podéis soportar ya mi ingratitud. ¿Habré de esperar acaso a que me enviéis al infierno, o me abandonéis a una vida relajada, castigo mayor que la muerte misma?

A vuestros pies me postro para rogaros que me recibáis en vuestra gracia. Harto sé que no lo merezco, pero Vos, Señor, dijisteis: En cualquier día en que el impío se convirtiere, la impiedad no le dañará (Ez., 33, 12). Si en lo pasado, Jesús mío, ofendí vuestra infinita bondad, hoy me arrepiento de todo corazón, esperando que me perdonaréis. Diré con San Anselmo: No permitáis, Señor, que se pierda mi alma por sus pecados, ya que la redimisteis con vuestra Sangre. Ni miréis mi ingratitud, sino el amor que os hizo morir por mí, pues aunque he perdido vuestra gracia, Vos, Señor, no habéis perdido el poder de devolvérmela. ¡Tened compasión de mi, oh

amado Redentor mío! Perdonadme y dadme la gracia de amaros. Yo os ofrezco que sólo a Vos he de amar. Y pues me elegisteis para otorgarme vuestro amor, yo os elijo, oh Soberano Bien, para amaros sobre todos los bienes... Cargado con la cruz me precedisteis; yo os seguiré con la cruz que os plazca enviarme, abrazando los trabajos y mortificaciones que me deis. Bástame para gozo de mi espíritu el que no me privéis de vuestra gracia.

¡María Santísima, esperanza mía, alcanzadme la perseverancia y la gracia de amar a Dios, y nada más os pido!

PUNTO TERCERO
Espantosos temores del pecador moribundo

Para el moribundo que haya vivido sin acordarse del bien de su alma, espinas serán todas las cosas que se le vayan presentando. Espinas la memoria de los pasados deleites, de los triunfos y vanidades mundanos. Espinas la presencia de los amigos que le visiten y las cosas que al verlos recuerde. Espinas los padres espirituales que le asistan, y los sacramentos que debe recibir de Confesión, Comunión y Extremaunción; hasta el crucifijo que le presenten será como espina de remordimiento, porque leerá en la santa imagen el pobre moribundo cuan mal ha correspondido al amor de un Dios que murió por salvarle.

«¡Grande fue mi locura! —se dirá el enfermo—. Pudiera haberme santificado con las luces y medios que el Señor me dio; pudiera haber tenido vida dichosísima en gracia de Dios, y ahora, ¿qué me resta después de tantos años perdidos, sino desconfianza y angustia y remordimientos de conciencia, y cuentas terribles que dar a Dios? ¡Difícil es la salvación de mi alma!»

¿Y cuándo hará tales reflexiones? Cuando se va a extinguir la lámpara de la vida y a finalizar la escena de este mundo, cuando se halle ante las dos eternidades de gloria o desdicha, y esté a punto de exhalar el último suspiro, de que dependen la bienaventuranza o desesperación perdurables, eternas, mientras Dios sea Dios.

¡Cuánto daría entonces por disponer de otro año, de otro mes, siquiera de una semana de tiempo, en sano juicio, porque en aquel estado de enfermedad, aturdida la mente, oprimido el pecho, alterado el corazón, nada puede hacer, nada meditar, ni conseguir que el abatido espíritu lleve a cabo un acto meritorio ¡Hállase como hundido en una profunda sima de confusión, donde nada percibe sino la inmensa ruina que le amenaza y la

incapacidad de ponerle remedio. Pedirá tiempo. Pero se le dirá: *Proficiscere*: Sal presto, ajusta tus cuentas lo mejor que puedas en este breve espacio de tiempo, y ... parte sin demora. ¿No sabes que la muerte no concede treguas ni respeta a nadie?

¡Oh, con qué terror se dirá el enfermo: «Esta mañana vivo aún; a la tarde quizá esté muerto! Hoy me hallo en mi aposento acostumbrado; mañana estaré en la sepultura, y mi alma, ¿dónde estará?». ¡Qué espanto cuando preparen la luz de la agonía; cuando surja el yerto sudor de la muerte; cuando oiga disponer que la familia salga de la estancia mortuoria y no vuelva a entrar; cuando comience a turbársele la vista, y, por último, cuando enciendan la luz que ha de brillar en el postrer instante de la vida. ¡Oh luz bendita, cuántas verdades descubrirás entonces ! ¡Por ti, cuan diferentes de como ahora se nos muestran veremos las cosas del mundo! ¡Cómo patentizarás que todas ellas son vanidad, locura y mentira! Mas ¿de qué servirá entender esas verdades, cuando ya no hay tiempo de aprovecharse de esa enseñanza?

AFECTOS Y PETICIONES

Vos, Señor, no queréis mi muerte, sino qué me convierta y viva. Profunda gratitud me inspiran vuestra paciencia en esperarme hasta ahora y las gracias que me habéis otorgado. Conozco el error que cometí al posponer vuestra amistad a los viles y míseros bienes por los cuales os he menospreciado. Duéleme de ello de todo corazón por haberos de tal modo ofendido.

No dejéis, pues, de asistirme con vuestras luces y gracia en el tiempo de vida que me reste, a fin de que pueda conocer y practicar lo que debo hacer para la enmienda de mi vida. ¿Qué provecho tendría si alcanzase tales verdades cuando no fuera ya tiempo oportuno de acudir al remedio? No entregues a las bestias las almas que te alaban. (Sal. 73, 19). Cuando el demonio me provoque a ofenderos de nuevo, os ruego, ¡oh Jesús! por los merecimientos de vuestra Pasión, que me libréis de caer en pecado y de volver a la esclavitud del enemigo. Haced que entonces y siempre acuda a Vos, y que a Vos no cese de encomendarme mientras dure la tentación. Vuestra Sangre es mi esperanza y vuestra bondad mis amores. Os amo, Dios mío, digno de amor infinito, y haced que os ame siempre y que conozca las cosas de que debo apartarme para ser todo vuestro, como deseo. Dadme Vos fuerzas para lograrlo.

Y Vos, Reina del Cielo y Madre mía, rogad por este pecador. Concededme que en las tentaciones no deje de acudir a Jesús, y a Vos, que con vuestra intercesión libráis de caer en pecado a cuantos piden vuestro auxilio.

OCTAVA CONSIDERACIÓN

MUERTE DEL JUSTO

Pretiosa In conspectu Domini
mors sanctorum ejus.
Preciosa es a los ojos del Señor
la muerte de sus santos.

Ps., 115, 15.

PUNTO PRIMERO
La muerte del justo es el término de sus trabajos

Mirada la muerte a la luz de este mundo, nos espanta e inspira temor; pero con la luz de la fe es deseable y consoladora. Horrible parece a los pecadores; mas a los justos se muestra preciosa y amable. «Preciosa —dice San Bernardo— como fin de los trabajos, corona de la victoria, puerta de la vida».

Y en verdad, la muerte es término de penas y trabajos. El hombre nacido de mujer, vive corto tiempo y está colmado de muchas miserias (Jb., 14, 1). Así es nuestra vida tan breve como llena de miserias, enfermedades, temores y pasiones. Los mundanos, deseosos de larga vida —dice Séneca (Ep., 101)—, ¿qué otra cosa buscan sino más prolongado tormento? Seguir viviendo— exclama San Agustín —es seguir padeciendo. Porque —como dice San Ambrosio (Ser. 45)— la vida presente no nos ha sido dada para reposar, sino para trabajar, y con los trabajos merecer la vida eterna; por lo cual, con razón afirma Tertuliano que, cuando Dios abrevia la vida de alguno, acorta su tormento. De suene que, aunque la muerte fue impuesta al hombre por castigo del pecado, son tantas y tales las miserias de esta vida, que —como dice San Ambrosio— más parece alivio al morir que no castigo. Dios llama bienaventurados a los que mueren en gracia, porque se les acaban los trabajos y comienzan a descansar. «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor.» «Desde hoy —dice el Espíritu Santo (Ap., 14, 13)— que descansen de sus trabajos.»

Los tormentos que afligen a los pecadores en la hora de la muerte no afligen a los Santos. «Las almas de los justos están en mano de Dios, y no los tocará el tormento de la muerte» (Sb., 3,1). No temen los Santos aquel mandato de salir de esta vida que tanto amedrenta a los mundanos, ni se afligen por dejar los bienes terrenos, porque jamás tuvieron asido a ellos el corazón. «Dios de mi corazón —repitieron siempre—; Dios mío por toda la eternidad» (Salmo, 72, 26) «¡Dichosos vosotros¡ —escribía el Apóstol a sus discípulos, despojados de sus bienes por confesar a Cristo—. Con gozo llevasteis que os robasen vuestras haciendas, conociendo que tenéis patrimonio más excelente y duradero» (He., 10, 34). No se afligen los Santos a dejar las honras mundanas, porque antes las aborrecieron ellos y las tuvieron, como son, por humo y vanidad, y sólo estimaron la honra de amar a Dios y ser amados de Él. No se afligen al dejar a sus padres, porque sólo en Dios los amaron, y al morir los dejan encomendados a aquel Padre celestial que los ama más que a ellos; y esperando salvarse, creen que mejor los podrán ayudar desde el Cielo que en este mundo. En suma: todos los qué han dicho siempre en la vida Dios mío y mi todo, con mayor consuelo y ternura lo repetirán al morir.

Quien muere amando a Dios no se inquieta por los dolores que consigo lleva la muerte; antes bien se complace en ellos, considerando que ya se le acaba la vida y el tiempo de padecer por Dios y de darle nuevas pruebas de amor; así, con afecto y paz, le ofrece los últimos restos del plazo de su vida y se consuela uniendo el sacrificio de su muerte con el que Jesucristo ofreció por nosotros en la cruz a su Eterno Padre. De este modo muere dichosamente, diciendo: «En su seno dormiré y descansaré en paz» (Sal. 4, 9). ¡Oh, qué hermosa paz, morir entregándose y descansando en brazos de Cristo, que nos amó hasta la muerte, y que quiso morir con amargos tormentos para alcanzarnos muerte consoladora y dulce

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh amado Jesús mío, que para darme muerte feliz quisisteis sufrir muerte cruelísima en el Calvario! ¿Cuándo lograré veros? La primera vez que os vea será cuando me juzguéis en el momento de expirar. ¿Qué os diré entonces? Y Vos, ¿qué me diréis? No quiero esperar a que llegue tal instante para pensar en ello; quiero meditarlo ahora.

Os diré: Señor: Vos, amado Redentor mío, sois el que murió por mi... Tiempo hubo en que os ofendí y fui ingratísimo para con Vos e indigno de

perdón. Mas luego, ayudado por vuestra gracia, procuré enmendarme, y en el resto de mi vida lloré mis pecados, y Vos me perdonasteis. Perdonadme de nuevo ahora que estoy a vuestros pies, y otorgadme Vos mismo absolución general de mis culpas. No merecía volver a amaros por haber despreciado vuestro amor. Mas Vos, Señor, por vuestra misericordia atrajisteis mi corazón, que si no os ha amado como merecéis, os amó sobre todas las cosas, desasiéndose de ellas para complaceros. ¿Qué me diréis ahora?

Veo que la gloría, el contemplaros en vuestro reino, es altísimo bien de que no soy digno; mas espero que no viviré alejado de Vos, especialmente ahora que me habéis mostrado vuestra excelsa hermosura. Os busco en el Cielo, no para más gozar, sino para mejor amaros. Ni quiero tampoco entrar en esa patria de santidad y verme entre aquellas, almas purísimas, manchado como estoy ahora por mis culpas. Haced que antes me purifique, pero no me apartéis para siempre de vuestra presencia. Bástame que algún día, cuando lo disponga vuestra santa voluntad, me llaméis a la gloria para que allí cante eternamente vuestras alabanzas. Entre tanto, amado Jesús mío, dadme vuestra bendición y decidme que soy vuestro, que seréis siempre mío, que os amaré y me amaréis perdurablemente. Ahora, Señor, voy lejos de Vos, a las llamas purificadoras ; pero voy gozoso, porque allí he de amaros, Redentor mío, mi Dios y mi todo. Gozoso voy; mas sabed que en ese tiempo en que he de estar lejos de Vos, esa separación temporal será mi mayor pena. Contaré, Señor, los instantes hasta que me llaméis. Tened compasión de un alma que os ama con todas sus fuerzas y que suspira por veros para más amaros.»

Espero, Jesús mío, que así os podré hablar. Mientras tanto, os pido la gracia de vivir de tal modo que pueda deciros entonces lo que ahora he pensado. Concededme la santa perseverancia, otorgadme vuestro amor y auxiliadme Vos.

¡Oh María, Madre de Dios, rogad a Jesús por mí!

PUNTO SEGUNDO
La muerte de los justos es su completa victoria

Limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos, y la muerte no será ya más (Ap., 21, 4). En la hora de la muerte enjugará Dios de los ojos de sus siervos

las lágrimas que hubieren derramado en esta vida, en medio de los trabajos, temores, peligros y combates con el infierno. Y lo que más consolará a un alma amante de su Dios cuando sepa que llega la muerte será el pensar que pronto ha de estar libre de tanto peligro de ofender a Dios como hay en el mundo, de tanta tribulación espiritual y de tantas tentaciones del enemigo. La vida temporal es una guerra continua contra el infierno, en la cual siempre estamos en riesgo grandísimo de perder a Dios y a nuestra alma. Dice San Ambrosio que en este mundo caminamos constantemente entre asechanzas del enemigo, que tiende lazos a la vida de la gracia. Este peligro hacía temblar a San Pedro de Alcántara cuando ya estaba agonizando: «Apartaos, hermano mío —dirigiéndose a un religioso que, al auxiliarle, le tocaba con veneración—, apartaos, pues vivo todavía, y aún hay peligro de que me condene.» Por eso mismo se regocijaba Santa Teresa cada vez que oía sonar la hora del reloj, alegrándose de que ya hubiese pasado otra hora de combate, porque decía: «Puedo pecar y perder a Dios en cada instante de mi vida.» De aquí que todos los Santos sentían consuelo al conocer que iban a morir, pues pensaban que presto se acabarían las batallas y riesgos y tendrían segura la inefable dicha de no poder ya perder a Dios jamás.

Refiérese en la vida de los Padres que uno de ellos, en extremo anciano, hallándose en la hora de la muerte, reíase mientras sus compañeros lloraban, y como le preguntaran el motivo de su gozo, respondió: «Y vosotros, ¿por qué lloráis, cuando voy a descansar de mis trabajos?». También Santa Catalina de Sena dijo al morir: «Consolaos conmigo, porque dejo esta tierra de dolor y voy a la patria de paz.» Si alguno —dice San Cipriano— habitase en una casa cuyas paredes estuvieran para desplomarse, cuyo pavimento y techo se bambolearan y todo ello amenazase ruina, ¿no desearía mucho salir de ella? Pues en esta vida todo amenaza la ruina del alma: el mundo, el infierno, las pasiones, los sentidos rebeldes, todo la atrae hacia el pecado y la muerte eterna. ¿Quién me librará —exclamaba el Apóstol (Ro., 7, 24)— de este cuerpo de muerte? ¡Oh, qué alegría sentirá el alma cuando oiga decir: «Ven, esposa mía; sal del lugar del llanto, de la cueva de los leones que quisieran devorarte y hacerte perder la gracia divina» (Cant., 4, 8). Por esto San Pablo (Fil., 1, 21), deseando morir, decía que Jesucristo era su única vida, y que estimaba la muerte como la mayor ganancia que pudiera alcanzar, ya que por ella adquiría la vida que jamás tiene fin.

Gran favor hace Dios al alma que está en gracia llevándosela de este mundo, donde pudiera no perseverar y perder la amistad divina (Sb., 4, 11). Dichoso en esta vida es el que está unido a Dios; pero así como el navegante no puede

tenerse por seguro mientras no llegue al puerto y salga libre de la tormenta, así no puede el alma ser verdaderamente feliz hasta que salga de esta vida en gracia de Dios. Alaba la ventura del caminante; pero cuando haya llegado al puerto —dice San Ambrosio—. Pues si el navegante se alegra cuando, libre de tantos peligros, se acerca al puerto deseado, ¿cuánto más no debe alegrarse el que este próximo a asegurar su salvación eterna?

Además, en este mundo no podemos vivir sin culpas, por lo menos leves; porque siete veces caerá el justo (Pr., 24, 16). Mas quien sale de esta vida mortal, cesa de ofender a Dios. ¿Qué es la muerte —dice el mismo Santo— sino el sepulcro de los vicios? Por eso los que aman a Dios anhelan vivamente morir. Por eso, el venerable Padre Vicente Caraffa consolábase al morir diciendo : Al acabar mi vida, acaban mis ofensas a Dios. Y el ya citado San Ambrosio decía: ¿Para qué deseamos esta vida, si cuanto más larga fuere, mayor peso de pecados nos abruma? El que fallece en gracia de Dios alcanza el feliz estado de no saber ni poder ofenderle más. El muerto no sabe pecar. Por tal causa, el Señor alaba más a los muertos que a los vivos, aunque fueren santos (Ecl., 4, 2). Y aún no ha faltado quien haya dispuesto que, en el trance de la muerte, le dijese al que fuese a anunciársela: «Alégrate, que ya llega el tiempo en que no ofenderás más a Dios.»

AFECTOS Y PETICIONES

«En tus manos encomiendo mi espíritu. Tú me has redimido, Señor. Dios de la verdad» (Sal, 30, 6). ¡Oh dulce Redentor mío! ¿Qué sería de mí si me hubieras enviado la muerte cuando me hallaba apartado de Vos? Estaría en el infierno, donde no podría amaros. Inmensa es mi gratitud porque no me habéis abandonado y por las innumerables gracias que me habéis concedido para que os entregue mi corazón. Duéleme de haberos ofendido, os amo sobre todas las cosas, y os ruego que siempre me deis a conocer el mal que cometí despreciándoos, y el grande amor que merece vuestra infinita bondad. Os amo, y si así os agrada, deseo morir pronto para librarme del peligro de volver a perder vuestra santa gracia, y para estar seguro de amaros eternamente. Dadme, pues, ¡oh amado Jesús!, dadme, en el tiempo que me queda de vida, esfuerzo y ánimo para serviros en algo antes que llegue la muerte. Dadme fortaleza para vencer la tentación y las pasiones, sobre todo aquellas que en la vida pasada más me movieron a ofenderos. Dadme paciencia para sufrir las enfermedades y las ofensas que el prójimo me hiciere. Yo, por vuestro amor, perdono a los que me han ofendido, y os suplico que les otorguéis las gracias que desearen. Dadme también mayor esfuerzo para ser diligente y evitar las

faltas veniales que a menudo cometo. Auxiliadme, Salvador mío; todo lo espero de vuestros méritos.

Y toda mi confianza pongo en vuestra intercesión, ¡oh María, mi Madre y mi esperanza!

PUNTO TERCERO
La muerte del justo es la puerta de la vida verdadera

No solamente es la muerte fin de los trabajos, sino también puerta de la vida, como dice San Bernardo. Necesariamente, debe pasar por esa puerta el que quisiere entrar a ver a Dios (Sal. 117, 20). San Jerónimo rogaba a la muerte y le decía: «¡Oh muerte, hermana mía; si no me abres la puerta no puedo ir a gozar de la presencia de mi Señor» (Cant., 5, 2). San Carlos Borromeo, viendo en uno de sus aposentos un cuadro que representaba un esqueleto con la hoz en la mano, llamó al pintor y le mandó que borrase aquella hoz y pintase en su lugar una llave de oro, queriendo así inflamarse más en el deseo de morir, porque la muerte nos abre el Cielo para que veamos a Dios.

Dice San Juan Crisóstomo que si un rey tuviese pre76 parada para alguno suntuosa habitación en la regia morada, y por de pronto le hiciese vivir en un establo, ¡cuan vivamente debería de desear este hombre el salir del establo para habitar en el real alcázar! Pues en esta vida, el alma justa, unida al cuerpo mortal, se halla como en una cárcel, de donde ha de salir para morar en el palacio de los Cielos; y por esa razón decía santo Rey David (Sal. 141, 8): «Saca mi alma de la prisión.» Y el santo anciano Simeón, cuando tuvo en sus brazos al Niño Jesús, no supo pedirle otra gracia que la muerte, a fin de verse libre de la cárcel de esta vida: «Ahora, Señor, despide a tu siervo» (Lc., 2, 29), «es decir —advierte San Ambrosio—, pide ser despedido, como si estuviese por fuerza». Idéntica gracia deseó el Apóstol, cuando decía (Fil., 1, 23): Tengo deseo de ser desatado de la carne y estar con Cristo.

¡Cuánta alegría sintió el copero de Faraón al saber por José que pronto saldría de la prisión y volvería al ejercicio de su dignidad! Y un alma que ama a Dios, ¿no se regocijará al pensar que en breve va a salir de la prisión de este mundo y que irá a gozar de Dios? Mientras vivimos aquí unidos al cuerpo estamos lejos de ver a Dios y cómo en tierra ajena, fuera de nuestra patria; y así, con razón, dice San Bruno que nuestra muerte no debe de llamarse muerte, sino vida. De eso procede el que suela llamarse nacimiento a la muerte de los Santos, porque en ese instante nacen a la vida celestial que no tendrá fin. «Para el justo—dice San Atanasio—no hay muerte, sino tránsito, pues para

ellos el morir no es otra cosa que pasar a la dichosa eternidad «¡Oh muerte amable!—exclama San Agustín—. ¿Quién no te deseará, puesto que eres fin de los trabajos, término de las angustias, principio del descanso eterno?» Y con vivo anhelo añadía: ¡Ojalá muriese, Señor, para poder veros!

Tema la muerte el pecador —dice San Cipriano—, porque de la vida temporal pasará a la muerte eterna, mas no el que, estando en gracia de Dios, ha de pasar de la muerte a la vida. En la historia de San Juan el Limosnero se refiere que de cierto hombre rico recibió el Santo grandes limosnas y la súplica de que pidiera a Dios vida larga para el único hijo que aquél tenía. Mas el hijo murió poco después. Y como el padre se lamentaba de esa inesperada muerte, Dios le envió un ángel, que le dijo: «Pediste larga vida para tu hijo; pues sabe que ya está en el Cielo gozando de eterna felicidad.» Tal es la gracia que nos alcanza Jesucristo, como se nos ofreció por Oseas (13, 14): ¡Seré tu muerte, oh muerte! Muriendo Cristo por nosotros, hizo que nuestra muerte se trocase en vida. Los que llevaban al suplicio al santo mártir Plonio le preguntaron maravillados cómo podía ir tan alegre a la muerte. Y el Santo les respondió: «Engañados estáis. No voy a la muerte, sino a la vida». Así también exhortaba su madre al niño San Sinforiano cuando éste iba a recibir el martirio: «¡Oh, hijo mío, no van a quitarte la vida, sino a cambiarla en otra mejor!».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios de mi alma! Os ofendí en lo pasado apartándome de Vos; mas vuestro Divino Hijo os honró en la cruz con el sacrificio de su vida. Por esa honra que tributó vuestro Hijo amadísimo, perdonadme las injurias que os he hecho. Me arrepiento, Señor, de haberos ofendido, y prometo amar sólo a Vos en lo por venir. De Vos espero mi eterna salvación, así como reconozco que cuantos bienes poseo, de Vos los recibí; dones son todos de vuestra bondad. «Por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Co., 15, 10).

Si antes os ofendí, espero honraros eternamente alabando vuestra misericordia. Vivísimo deseo tengo de amaros. Vos me lo inspiráis, Señor, y por ello, amor mío, os doy fervorosa» gracias. Seguid, seguid ayudándome como ahora, que yo espero ser vuestro, totalmente vuestro. Renuncio a los placeres del mundo, pues ¿qué mayor placer pudiera lograr que el de complaceros a Vos, Señor mío, que sois tan amable y que tanto me habéis amado? No más que amor os pido, ¡oh Dios de mi alma! Amor y siempre amor espero pediros, hasta que, en vuestro amor muriendo, alcance la señal

del verdadero amor; y sin pedirlo, de amor me abrase, no cesando de amaros ni un momento por toda la eternidad y con todas mis fuerzas.

¡María, Madre mía, que tanto amáis a Dios y tanto deseáis que sea amado, haced que le ame mucho en esta vida, a fin de que pueda amarle para siempre en la eternidad!

NOVENA CONSIDERACIÓN

PAZ DEL JUSTO EN LA HORA DE LA MUERTE

Justorum animae in manu Dei sunt et
non tangent illos tormentum mortis;
visi sunt oculis insipientium mori...,
illi autem sunt in pace.
Las almas de los justos están en las
manos de Dios y no llegará a ellos
el tormento de la muerte eterna; a los
ojos de los insensatos pareció que
morían, mas ellos, a la verdad,
viven en paz.

Sap., III, 1-2

PUNTO PRIMERO
El justo, protegido en la muerte contra las tentaciones, muere con confianza

Justorum animae in manu Dei sunt. Si Dios tiene en sus manos las almas de los justos, ¿quién podrá arrebatárselas? Cierto es que el infierno no deja de tentar y perseguir hasta a los Santos en la hora de la muerte; Pero Dios, dice San Ambrosio, no cesa de asistirlos y de aumentar su socorro a medida que crece el peligro de sus fieles siervos (Jos., 5). Aterrado quedóse el criado de Elíseo cuando vio la ciudad cercada de enemigos. Pero el Santo le animó, diciéndole: «No temas, porque muchos más son con nosotros que con ellos» (2 R., 6,16), y le hizo ver un ejército de ángeles enviados por Dios para defenderle.

Irá, pues, el demonio a tentar al moribundo, pero acudirá también el ángel de la Guarda para confortarle; irán los Santos protectores; irá San Miguel,

destinado por Dios para defensa de los siervos fieles en el postrer combate; irá la Virgen Santísima, y acogiendo bajo su manto al que le fue devoto, derrotará a los enemigos; irá el mismo Jesucristo a librar de las tentaciones a aquella ovejuela inocente o penitente, por cuya salvación dio la vida. Él le dará la esperanza y el esfuerzo necesario para vencer en la tal batalla, y el alma, llena de valor, exclamará: «El Señor se hizo mi auxiliador» (Sal. 39, 12). «El Señor es mi iluminación y mi salud, ¿a quién temeré?» (Sal. 26, 1). Más solícito es Dios para salvarnos que el demonio para perdemos; porque mucho más nos ama Dios de lo que nos aborrece el demonio.

Dios es fiel —dice el Apóstol (1 Co., 10, 13)—, y no permite que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas. Quizá me diréis que muchos Santos murieron temiendo por su salvación. Yo os respondo que hay poquísimos ejemplos de que mueran con ese temor los que hubieren tenido buena vida. Vicente de Beauvais dice que permite el Señor a veces que ocurra esto a ciertos justos, para purificarlos en la hora de la muerte de algunas faltas ligeras. Por otra parte, leemos que casi todos los siervos de Dios murieron con la sonrisa en los labios. Todos temeremos al morir el juicio divino; pero así como los pecadores pasan de ese temor a la desesperación horrenda, los justos pasan del temor a la esperanza. Temía San Bernardo, estando enfermo, según refiere San Antonino, y se veía tentado de desconfianza; pero pensando en los merecimientos de Jesucristo, desechaba todo temor y decía: Tus llagas son mis méritos. San Hilarión temía también, pero pronto exclamó lleno de gozo: Sal, pues, alma mía, ¿qué temes? Cerca de setenta años has servido a Cristo, ¿y ahora temes la muerte? Es decir: ¿qué temes, alma mía, después de haber servido a un Dios fidelísimo que no sabe abandonar a los que le fueron fieles durante la vida? El Padre José de Scamaca, de la Compañía de Jesús, respondió a los que le preguntaban si moría con esperanza: «Pues qué, ¿he servido acaso a Mahoma para dudar de la bondad de mi Dios, hasta el punto de temer que no quisiera salvarme?»

Si en la hora de la muerte viniese a atormentarnos el pensamiento de haber ofendido a Dios, recordemos que el Señor ha ofrecido olvidar los pecados de los penitentes (Ez., 18, 31-32).

Dirá alguien tal vez: ¿Cómo podremos estar seguros de que Dios nos ha perdonado? Eso mismo se preguntaba San Basilio, y se respondió diciendo: He odiado la iniquidad y la he abominado. Pues el que aborrece el pecado puede estar seguro de que le ha perdonado Dios. El corazón del hombre no vive sin amor: o ama a Dios, o ama a las criaturas. ¿Y quién ama a Dios? El

que guarda sus mandamientos (Jn., 14, 21). Por tanto, el que muere en la observancia de los preceptos muere amando a Dios; y quien a Dios ama, nada teme (1 Jn., 4, 18).

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús! ¿Cuándo llegará el día en que os diga: Dios mío, ya no os puedo perder? ¿Cuando podré contemplaros cara a cara, seguro de amaros con todas mis fuerzas por toda la eternidad? ¡Ah Sumo Bien mío y mi único amor! Mientras viva, siempre estaré en peligro de ofenderos y perder vuestra gracia. Hubo un tiempo desdichado en que no os amé, en que desprecié vuestro amor... Me pesa de ello con toda mi alma, y espero que me habréis perdonado, pues os amo de todo corazón y deseo hacer cuanto pueda para amaros y complaceros. Mas como todavía estoy en peligro negaros mi amor y huir de Vos otra vez, os ruego, Jesús mío, mi vida y mi tesoro, que no lo permitáis. Si hubiere de sucederme esa inmensa desgracia, hacedme morir ahora mismo con la más dolorosa muerte que eligiereis, que así lo deseo y os lo pido. Padre mío: por el amor de Jesucristo, no me dejéis caer en tan espantosa ruina. Castigadme como os plazca. Lo merezco y lo acepto; pero libradme del castigo de verme privado de vuestro amor y gracia. ¡ Jesús mío, encomendadme a vuestro Padre!

¡María, Madre mía!, rogad por mí a vuestro divino Hijo; alcanzadme la perseverancia en su amistad y la gracia de amarle, y haga luego de mí lo que le agrade.

PUNTO SEGUNDO
El justo, en la hora de la muerte, tiene un gusto anticipado de las dulzuras del paraíso

«Las almas de los justos están en las manos de Dios y no llegará a ellos el tormento de la muerte eterna; a los ojos de los insensatos pareció que morían, mas ellos, a la verdad, están en paz» (Sb., 3, 1). Parece a los insensatos mundanos que los siervos de Dios mueren afligidos y contra su voluntad, como suelen morir aquéllos. Mas no es así, porque Dios bien sabe consolar a sus hijos en ese trance, y comunicarles, aun entre los dolores de la muerte, cierta maravillosa dulzura, como anticipado sabor de la gloria que luego ha de darles. Y así como los que mueren en pecado comienzan ya en el lecho mortuorio a sentir algo de las penas infernales, por el remordimiento, terror y desesperación, los justos, al contrario, con sus actos frecuentísimos de amor de Dios, sus deseos y esperanzas de gozar de la

presencia del Señor, ya antes de morir empiezan a disfrutar de aquella santa paz que después plenamente gozarán en el Cielo. La muerte de los Santos no es castigo, sino premio. Cuando diere sueño a sus amados, he aquí la herencia del Señor (Sal. 126, 2-3). La muerte del que ama a Dios no es muerte, es sueño; de suerte, que puede exclamar: En paz dormiré juntamente y reposaré (Sal. 4, 9).

El Padre Suárez murió con tan dulce paz, que poco antes dijo: «No podía imaginar que la muerte me trajese tanta suavidad.» Al Cardenal Baronio amonestó su médico que no pensase tanto en la muerte, y él respondió: «¿Y por qué? ¿Acaso he de temerla? No la temo; al contrario, la amo.» Según refiere Santero, el Cardenal Ruffense, estando a punto de morir por la fe, mandó que le trajesen su mejor traje, diciendo que iba a las bodas. Y cuando vio el patíbulo, arrojó el báculo en que se apoyaba y exclamó: Andad, pies; andad ligeros, que el Paraíso está cerca. Antes de morir cantó el Te Deum en acción de gracias a Dios porque le hacía mártir de la fe, y luego, con suma alegría, puso la cabeza bajo el hacha del verdugo. San Francisco de Asís cantaba en la hora de la muerte, e invitaba a que le acompañasen a los demás religiosos presentes. «Padre —le dijo fray Elías—, al morir, más debemos llorar que cantar.» «Pues yo —replicó el Santo— no puedo menos de cantar cuando veo que en breve iré a gozar de Dios.» Una religiosa teresiana, al morir en la flor de su edad, decía a las monjas que alrededor de ella lloraban: «¡Oh Dios mío! ¿Por qué lloráis vosotras? Voy a unirme a mi Señor Jesucristo. Alegraos conmigo si me amáis.

Refiere el Padre Granada que un día un cazador halló a un solitario moribundo cubierto de lepra y que estaba cantando. «¿Cómo —le dijo el cazador— podéis cantar estando así?» Y el ermitaño respondió: «Hermano, entre Dios y yo no se interpone otra muralla que este cuerpo mío, y como veo ahora que se cae a pedazos, que se desmorona la cárcel y que pronto veré a Dios, me regocijo y canto.» Este anhelo de ver al Señor movía a San Ignacio, mártir, cuando dijo que si las fieras no venían a devorarle, él mismo las excitaría para que fuesen. Santa Catalina de Génova no podía soportar el que se tuviese por desgracia la muerte, y decía: « ¡Oh muerte amada, y cuan mal te aprecian! ¿Por qué no vienes a mí, que día y noche te estoy llamando ?» Y Santa Teresa de Jesús (Vida, c. 7) deseaba tanto dejar este mundo, que decía que el no morir era su muerte, y con ese pensamiento compuso su célebre poesía: Que muero porque no muero. Tal es la muerte de los Santos.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah mi Dios y Sumo Bien! Aunque en lo pasado no os amé, ahora me entrego a Vos; despídeme de toda criatura y os elijo a Vos como mi amor único, amabilísimo Señor mío. Decidme lo que de mí queréis, que yo quiero cumplir vuestra santa voluntad... No más ofenderos, pues en serviros a Vos deseo emplear la vida que me queda. Dadme fuerza y ánimo para compensar con mi amor la ingratitud de que fui culpable. Merecía muchos años ha estar ardiendo en las llamas infernales; pero me habéis esperado y buscado de tal modo, que me atraéis a Vos enteramente. Haced que arda en el fuego de vuestro santo amor. Os amo, Bondad infinita, y pues queréis que a Vos sólo ame, y justamente lo queréis, porque me habéis amado más que nadie, y porque únicamente Vos merecéis amor, 85 a Vos solo amaré, y haré cuanto pueda para complaceros. Haced de mí lo que queráis. Bástame amaros y que me améis.

¡María, Madre mía, ayudadme y rogad por mí a Jesús!

PUNTO TERCERO
El justo, no teme la muerte, porque espera ir al paraíso

¿Cómo ha de temer la muerte quien espera que después de ella será coronado en el Cielo? —dice San Cipriano—. ¿Cómo puede temerla quien sabe que muriendo en gracia alcanzará su cuerpo la inmortalidad? (1 Co., 15, 53). Para el que ama a Dios y desea verle —nos dice San Agustín—, pena es la vida y alegría es la muerte. Y Santo Tomás de Villanueva dice también: «Si la muerte halla al hombre dormido, llega como el ladrón, le despoja, le mata y le sepulta en el abismo del infierno; mas si le halla vigilante, le saluda como enviada de Dios, diciéndole: El Señor te aguarda a las bodas; ven, que yo te guiaré al dichoso reino que deseas».

¡Oh, con cuánto regocijo espera la muerte el que está en gracia de Dios para ver pronto a Jesús y oírle decir: «Muy bien, siervo bueno y leal; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho» (Mt., 25, 21). ¡Ah, cómo apreciarán entonces las penitencias, oraciones, el desasimiento de los bienes terrenos y todo lo que hicieron por Dios! El que amó a Dios gustará el fruto de sus buenas obras (Is., 3, 10). Por esto, el Padre Hipólito Durazzo, de la Compañía de Jesús, jamás se entristecía, sino que se alegraba cuando moría algún religioso dando señales de salvación. «¿No sería absurdo —dice San Crisóstomo— creer en la gloria eterna y tener lástima del que a ella va?»

Singular consuelo darán entonces los recuerdos de la devoción a la Madre de Dios, de los rosarios y visitas, de los ayunos en el sábado para honra de la Virgen, de haber pertenecido a las Congregaciones Marianas. Virgo fidelis llamamos a María. Y, en verdad, fidelísima se muestra para consolar a sus devotos en su última hora.

Un moribundo que había sido devotísimo de la Virgen decía al Padre Binetti: «No puede imaginarse, Padre mío, cuánto consuelo trae en la hora de la muerte el pensamiento de haber sido devoto de la Santísima Virgen. ¡Oh Padre, si supiese qué regocijo siento por haber servido a esta Madre mía! ¡Ni explicarlo sé!» ¡Qué gozo sentirá quien haya amado y ame a Jesucristo, y a menudo le haya recibido en la Sagrada Comunión, al ver llegar a su Señor en el Santo Viático para acompañarle en el tránsito a la otra vida! Dichoso quien pueda decirle con San Felipe: «¡Aquí está mi amor; he aquí al amor mío; dadme mi amor!»

Y si alguno dijere: «¿Quién sabe la muerte que me está reservada? ¿Quién sabe si, al fin, tendré muerte infeliz?» Le preguntaré a mi vez: «¿Cuál es la causa de la muerte? Sólo el pecado.» A éste, pues, debemos sólo temer, y no al morir. «Claro está —dice San Ambrosio— que la amargura viene de la culpa, de la muerte.» El temor no ha de ponerse en la muerte, sino en la vida. ¿Queréis, pues, no temer a la muerte? Vivid bien. El que teme al Señor, bien le irá en las postrimerías (Ecl, 1, 13).

El Padre La Colombiére juzgaba por moralmente imposible que tuviese mala muerte quien hubiere sido fiel a Dios durante la vida. Y antes lo dijo San Agustín: «No puede morir mal quien haya vivido bien.» El que está preparado para morir no teme ningún género de muerte, ni aun la repentina (Sb., 4, 7). Y puesto que no podemos ir a gozar de Dios más que por medio de la muerte, ofrezcámosle lo que por necesidad hemos de devolverle, como nos dice San Juan Crisóstomo, y consideremos que quien ofrece a Dios su vida practica el más perfecto acto de amor que puede ofrecerle, porque abrazando con buena voluntad la muerte que a Dios plazca enviarle, como quiera y cuando quiera, se hace semejante a los santos mártires. El que ama a Dios desea la muerte, y por ella suspira, pues al morir se unirá eternamente a Dios y se verá libre del peligro de perderle. Es, por tanto, señal de tibio amor a Dios el no desear ir pronto a contemplarle, asegurándose así la dicha de no perderle jamás. Entre tanto, amémosle cuanto podamos en esta vida, que para esto sólo debe servimos: para creer en el amor divino. La medida

del amor que tuviéramos en la hora de la muerte será la que evalúe el que ha de unirnos a Dios en la eterna bienaventuranza

AFECTOS Y PETICIONES

Unidme a Vos, Jesús mío, de modo que no me sea posible apartarme de Vos. Hacedme vuestro del todo antes de mi muerte, para que no estéis enojado conmigo la primera vez que os vea. Ya que me buscasteis cuando huía de Vos, no me desechéis ahora que os busco. Perdonadme cuantas ofensas os he hecho, que en lo sucesivo sólo me propondré serviros y amaros. Harto hicisteis por mí dando vuestra Sangre y vida por mi amor. Querría yo por ello, ¡oh Jesús mío!, consumirme en vuestro amor santísimo. ¡Oh Dios de mi alma! Quiero, amaros mucho en esta vida, para seguir amándoos en la eternidad. Atraed, Eterno Padre, mi pobre corazón; desasidle de los afectos terrenos, heridle, inflamadle todo en amor a Vos. Oídme por los merecimientos de Jesucristo. Otorgadme la santa perseverancia y la gracia de pedíroslo siempre.

¡María, Madre mía, amparadme y alcanzadme que pida siempre a vuestro divino Hijo la santa perseverancia!

DÉCIMA CONSIDERACIÓN

DE LOS MEDIOS PARA PREPARARSE A LA MUERTE

Memorare nivissima tua et in
Aeternum non peccabis.
Acuérdate de tus postrimerías
y nunca jamás pecarás.
Eccli., VII, 40.

PUNTO PRIMERO
Hay que prepararse para la muerte antes de que llegue

Todos confesamos que hemos de morir, que sólo una vez hemos de morir, y que no hay cosa más importante que ésta, porque del trance de la muerte dependen la eterna bienaventuranza o la eterna desdicha. Todos sabemos también que de vivir bien o mal procede el tener buena o mala muerte. ¿Por qué acaece, pues, que la mayor parte de los cristianos viven como si nunca

hubiesen de morir, o como si el morir bien o mal importase poco? Se vive mal porque no se piensa en la muerte: «Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás.»

Preciso es convencernos de que la hora de la muerte no es propia para arreglar cuentas y asegurar con ellas el gran negocio de la salvación. Los prudentes del mundo toman oportunamente en los asuntos temporales todas las precauciones necesarias para obtener la ganancia, el cargo, el enlace convenientes, y con el fin de conservar o restablecer la salud del cuerpo, no desdeñan usar de los remedios adecuados. ¿Qué se diría del que, teniendo que presentarse en público concurso para ganar una cátedra, no quisiese adquirir la indispensable instrucción hasta el momento de acudir a los ejercicios? ¿No seria un loco el jefe de una plaza que aguardase a verla sitiada para hacer los abastecimientos de vituallas, armas y municiones? ¿No sería insensato el navegante que esperase la tempestad para proveerse de áncoras y cables? Pues tal es el cristiano que difiere hasta la hora de la muerte el arreglo de su conciencia.

«Cuando se echare encima la destrucción como una tempestad, entonces me llamarán, y no iré; comerán los frutos de su camino» (Pr., 1, 27, 28 y 31). La hora de la muerte es tiempo de confusión y de tormenta. Entonces los pecadores pedirán el auxilio de Dios, pero sin conversión verdadera, sino sólo por el temor del infierno, que ya verán cercano, y por eso justamente no podrán gustar otros frutos que los de su mala vida. «Aquello que sembrare el hombre, eso también segará» (Ga., 6, 8). No bastará recibir los sacramentos, sino que será preciso morir aborreciendo el pecado- y amando a Dios sobre todas las cosas. Mas, ¿cómo aborrecerá los placeres ilícitos quien hasta entonces los haya amado? ¿Cómo habrá de amar a Dios sobre todas las cosas el que hasta aquel instante hubiere amado a las criaturas mas que a Dios?

Necias llamó el Señor —y en verdad lo eran— a las vírgenes que iban a preparar las lámparas cuando ya llegaba el Esposo. Todos temen la muerte repentina, que impide ordenar las cuentas del alma. Todos confiesan que los Santos fueron verdaderos sabios, porque supieron prepararse a morir antes que llegase la muerte. Y nosotros, ¿qué hacemos? ¿Queremos correr el peligro de no disponernos a bien morir hasta que la muerte se avecine? Hagamos ahora lo que en ese trance quisiéramos haber hecho. ¡Oh, qué tormento traerá la memoria del tiempo perdido, y, sobré todo, del malamente empleado! Tiempo de merecer que Dios nos concedió y que pasó para nunca

volver. ¡Qué angustias nos dará el pensamiento de que ya no es posible hacer penitencia, ni frecuentar los sacramentos, ni oír la palabra de Dios, ni visitar en el templo a Jesús Sacramentado, ni hacer oración! Lo hecho, hecho está. Menester sería juicio sanísimo, quietud y serenidad para confesar bien, disipar graves escrúpulos y tranquilizar la conciencia, ¡ pero ya no es tiempo! (Ap., 10, 6).

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios mío! Si yo hubiera muerto en aquella ocasión que sabéis, ¿dónde estaría ahora? Os doy gracias por haberme esperado y por todo ese tiempo en que debiera haberme hallado en el infierno, desde aquel instante en que os ofendí. Dadme luz y conocimiento del gran mal que hice al perder voluntariamente vuestra gracia, que merecisteis para mí con vuestro sacrificio en la cruz. Perdonadme, pues, Jesús mío, que yo me arrepiento de todo corazón y sobre todos los males de haber menospreciado vuestra bondad infinita. Espero que me habréis perdonado. Ayudadme, Salvador mío, para que no vuelva a perderos jamás. ¡Ah Señor! Si volviese a ofenderos después de haber recibido de Vos tantas luces y gracias, ¿no sería digno de un infierno sólo creado para mí? ¡No lo permitáis, por los merecimientos de la Sangre que por mí derramasteis! Dadme la santa perseverancia; dadme vuestro amor. Os amo, Sumo Bien mío; no quiero dejar de amaros jamás. Tened, Dios mío, misericordia de mí, por el amor de Jesucristo.

Encomendadme a Dios, ¡oh Virgen María!, que vuestros ruegos nunca son desechados por aquel Señor que tanto os ama.

PUNTO SEGUNDO
Debemos prepararnos para la muerte por una confesión general y por una santa vida

Puesto que es cosa cierta, hermano mío, que has de morir, póstrate en seguida a los pies del Crucifijo; dale fervientes gracias por el tiempo que su misericordia te concede a fin de que arregles tu conciencia, y luego examina todos los pecados de la vida pasada, especialmente los de tu juventud. Considera los mandamientos divinos; recuerda los cargos y ocupaciones que tuviste, las amistades que frecuentaste; anota tus faltas y haz —si no lo has hecho— una confesión general de toda tu vida. ¡Oh, cuánto ayuda la confesión general para poner en buen orden la vida de un cristiano! Piensa

que esa cuenta sirve para la eternidad, y hazla como si estuvieres a punto de darla ante Jesucristo, juez. Arroja de tu corazón todo afecto al mal, y todo rencor u odio. Quita cualquier motivo de escrúpulo acerca de los bienes ajenos, de la fama hurtada, de los escándalos dados, y resuelve firmemente huir de todas las ocasiones en que pudieras perder a Dios. Y considera que lo que ahora parece difícil, imposible te parecerá en el momento de la muerte.

Lo que más importa es que resuelvas poner por obra los medios de conservar la gracia de Dios. Esos medios son: oír misa diariamente; meditar en las verdades eternas; frecuentar, a lo menos una vez por semana, la confesión y comunión; visitar todos los días al Santísimo Sacramento y a la Virgen María; asistir a los ejercicios de las Congregaciones o Hermandades a que pertenezcas; tener lectura espiritual; hacer todas las noches examen de conciencia; practicar alguna especial devoción en obsequio de la Virgen, como ayunar todos los sábados, y, además, proponer el encomendarte con suma frecuencia a Dios y a su Madre Santísima, invocando a menudo, sobre todo en tiempo de tentación, los sagrados nombres de Jesús y María. Tales son los medios con que podemos alcanzar una buena muerte y la eterna salvación. El hacer esto, gran señal será de nuestra predestinación.

Y en cuanto a lo pasado, confiad en la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, que os da estas luces porque quiere salvaros, y esperad en la intercesión de María, que os alcanzará las gracias necesarias. Con tal orden de vida y la esperanza puesta en Jesús y en la Virgen, ¡cuánto nos ayuda Dios y qué fuerza adquiere el alma! Pronto, pues, lector mío, entrégate del todo a Dios, que te llama, y empieza a gozar de esa paz que hasta ahora, por culpa tuya, no tuviste. ¿Y qué mayor paz puede disfrutar el alma si cuando busques cada noche el preciso descanso te es dado decir: Aunque viniese esta noche la muerte, espero que moriré en gracia de Dios? ¡Qué consuelo si al oír el fragor del trueno, al sentir temblar la tierra, podemos esperar resignados la muerte, si Dios lo dispusiese así!

AFECTOS Y PETICIONES

¡Cuánto os agradezco, Señor, las luces que me comunicáis! Aunque tantas veces os abandone y me aparté de Vos, no me habéis abandonado. Si lo hubiereis hecho, ciego estaría yo aún, como quise estarlo en la vida pasada ; obstinado en mis culpas me hallaría, y no tendría voluntad ni de dejarlas ni de amaros. Ahora siento grandísimo dolor de haberos ofendido, vivo deseo

de estar en vuestra gracia, y profundo aborrecimiento de aquellos malditos placeres que me hicieron perder vuestra amistad. Todos estos afectos gracias son que de Vos proceden y que me mueven a esperar que querréis perdonarme y salvarme. Y pues Vos, Señor, a pesar de mis muchos pecados, no me abandonáis y deseáis mi salvación, me entrego totalmente a Vos, duélame de todo corazón de haberos ofendido, y propongo querer antes mil veces perder la vida que vuestra gracia. Os amo, Soberano Bien; os amo, Jesús mío, que por mi moristeis, y espero por vuestra preciosísima Sangre que jamás volveré a apartarme de Vos. No, Jesús mío; no quiero perderos otra vez, sino amaros eternamente. Conservad siempre y acrecentad mi amor a Vos, como os lo suplico por vuestros merecimientos.

¡María, mi esperanza, rogad por mi a Jesús!

PUNTO TERCERO
Hemos de vivir como si cada momento fuera el último de nuestra vida

Es preciso que procuremos hallarnos a todas horas como quisiéramos estar a la hora de la Muerte. «bienaventurados los muertos que mueren en el señor» (ap., 14, 15). dice a este propósito San Ambrosio que los que bien mueren son, aquellos que a morir están ya muertos al mundo, o sea desprendidos de los bienes que por fuerza entonces dejarán. Por eso es necesario que desde ahora aceptemos el abandono de nuestra hacienda, la separación de nuestros parientes y de todos los bienes terrenales. Si no lo hacemos así voluntariamente en la vida, forzosa y necesariamente la haremos al morir; pero entonces no será sin gran dolor y grave peligro de nuestra salvación eterna. Adviértenos, además, San Agustín que ayuda mucho para morir tranquilo arreglar en vida los intereses temporales, haciendo las disposiciones relativas a los bienes que hemos de dejar, a fin de que en la hora postrera sólo pensemos en unirnos a Dios, convendrá entonces no ocuparse sino en las cosas de Dios y de la gloria, que son harto preciosos los últimos momentos de la vida para disiparlos en asuntos terrenos. En el trance de la muerte se completa y perfecciona la corona de los justos, porque entonces se obtiene la mejor cosecha de méritos, abrazando los dolores y la misma muerte con resignación o amor.

Mas no podrá tener al morir estos buenos sentimientos quien no se hubiere en vida ejercitado en ellos. para este fin, algunos fieles practican con gran aprovechamiento la devoción de renovar cada mes la protestación de muerte,

con todos los actos en tal trance propios de un cristiano, y después de haber confesado y comulgado, imaginando que se hallan moribundos y a punto de salir de esta vida. Lo que viviendo no se hace, difícil es hacerlo al morir. La gran sierva de dios Sor Catalina de San Alberto, hija de Santa Teresa, suspiraba en la hora de la muerte, y exclamaba: «no suspiro, hermanas mías, por temor de la muerte, que desde hace veinticinco años la estoy esperando; suspiro al ver tantos engañados pecadores, que esperan para reconciliarse con Dios a que llegue esta hora de la muerte, en que apenas puedo pronunciar el nombre de Jesús.»

Examina, pues, hermano mío, si tu corazón tiene apego todavía a alguna cosa de la tierra, a determinadas personas, honras, hacienda, casa, conversación o diversiones, y considera que no has de vivir aquí eternamente. Algún día, muy pronto, lo dejarás todo; ¿por qué, pues, quieres mantener el afecto en esas cosas aceptando el riesgo de tener muerte sin paz? Ofrécete, desde luego, por completo a Dios, que puede, cuando le plazca, privarte de esos bienes. El que desee morir resignado ha de tener resignación desde ahora en cuantos accidentes contrarios puedan acaecerle, y ha de apartar de sí los afectos a las cosas del mundo. Figuraos que vais a morir —dice San Jerónimo—, y fácilmente lo despreciaréis todo.

Si aún no habéis hecho la elección de estado, elegid el que en la hora de la muerte querríais haber escogido, el que pudiera procuraros más dichoso tránsito a la eternidad. Si ya lo habéis elegido, haced lo que al morir quisierais haber hecho en vuestro estado. Proceded como si cada día fuese el último de vuestra vida, cada acción la postrera que hiciereis; la última oración, la última confesión, la última comunión. Imagínate que estás moribundo, tendido en el lecho, y que oyes aquellas imperiosas palabras: sal de este mundo. ¡ cuanto pueden ayudar estos pensamientos para dirigirnos bien y menospreciar las cosas mundanas! «Bienaventurado el siervo a quien hallare su señor así haciendo cuando viniere» (Mt., 24, 46). el que espera la muerte a todas horas, aun cuando muera de repente, no dejará de morir bien.

AFECTOS Y PETICIONES

Todo cristiano, cuando se le anuncia la hora de la muerte, debe estar preparado para decir: «me quedan, Señor, pocas horas de vida; quiero emplearlas en amaros cuanto pueda, para seguiros amándoos en la eternidad. poco me queda que ofreceros, pero os ofrezco estos dolores y el sacrificio de mi vida, en unión del que os ofreció por mí Jesucristo en la Cruz. Pocas y

breves son, Señor, las penas que padezco, en comparación de las que he merecido; mas tales como son, las abrazo en muestra del amor que os tengo. Resignóme a cuantos castigos queráis darme en esta y en la otra vida. y con tal que pueda amaros eternamente, castigadme cuanto os plazca; pero no me privéis de vuestro amor. Reconozco que no merezco amaros por haber tantas veces despreciado vuestro amor; mas vos no sabéis desechar a un alma arrepentida. Duélame, ¡oh suma bondad!, de haberos ofendido. Os amo con todo mi corazón, y en vos confío enteramente. Vuestra muerte es mi esperanza, ¡oh Redentor mío! y en vuestras manos taladradas encomiendo mi alma. ¡Oh Jesús mío!, para salvarme disteis vuestra sangre toda. No permitáis que me aparte de vos. Os amo, eterno Dios, y espero que os amaré en toda la eternidad.

¡Virgen y Madre mía, ayudadme en mi última hora! ¡os entrego mi alma! ¡pedid a vuestro Hijo que se apiade de mí! ¡A Vos me encomiendo; libradme de la eterna condenación!

DECIMOPRIMERA CONSIDERACIÓN

VALOR DEL TIEMPO

Filii conserva tempos.
Hijo mío, guarda el tiempo.
Eccli,. IV, 23.

PUNTO PRIMERO
Terror y remordimiento del pecador moribundo

«Hijo mío —nos dice el Espíritu Santo—, procura emplear bien el tiempo, que es la cosa más preciosa y el don más grande que que puede Dios otorgar a un hombre en esta vida.» Hasta los gentiles conocieron cuánto valía el tiempo, pues Séneca dijo que no había precio que igualase al valor del tiempo. Pero mejor que los gentiles han estimado y conocido los santos su mucho valer. Decía San Bernardino de Sena que un momento de tiempo vale tanto como Dios, porque a cada instante puede el hombre, con un acto de contrición o de amor, adquirir la divina gracia y la gloria eterna.

El tiempo es un tesoro que solamente se halla en esta vida, pues en la otra no existe, ni en el infierno ni en el cielo. *¡Oh, si tuviésemos una hora!* Tal es el grito de los condenados en el infierno. ¡Qué no darían por una hora de tiempo, en la cual pudieran reparar su ruina! Mas esta hora no la tendrán jamás. En el cielo no

hay lamentos; mas si los bienaventurados pudieran llorar, llorarían, a buen seguro, por haber perdido durante la vida el tiempo, en el cual podían haber adquirido mayor grado de gloria; pero tampoco ellos podrán alcanzar este tiempo. Después de muerta se apareció una religiosa benedictina, radiante de gloria, a cierta persona y le dijo que nadaba en delicias, pero que, si le fuese dado desear alguna cosa, solamente desearía tornar a la vida y padecer mucho para merecer más gloria, y añadió que se daría por dichosa el poder sufrir hasta el día del juicio todos los dolores que había experimentado en su última enfermedad para lograr la gloria que corresponde al mérito de una sola *Avemaria*[3].

Y tú, hermano mío, ¿en qué malgastas el tiempo? ¿Por qué lo que puedes hacer hoy lo dejas para mañana? No te olvides de que el tiempo pasado desapareció ya y no es tuyo; el que está por venir tampoco está en tu poder; sólo tienes el tiempo presente para obrar el bien. «¡Oh insensato! —dice San Bernardo—, ¿por qué presumes de lo futuro, como si Dios hubiera puesto en tus manos la presidencia de los tiempos?». A lo cual añade San Agustín: «¿Cómo puedes prometerte un día tú, que no tienes una hora?». ¿Cómo puedes prometerte el día de mañana, si no sabes si te queda todavía una hora de vida? Por lo cual concluye Santa Teresa diciendo: «Si hoy no estás preparado para morir, teme una muerte desgraciada.

AFECTOS Y PETICIONES

Gracias os doy, Dios mío, por el tiempo que me concedéis para remediar los desórdenes de mi vida pasada. Si en este momento hubiese de morir, una de mis mayores angustias sería el recuerdo del tiempo que he perdido. ¡Ah Señor mío! Vos me habéis dado el tiempo para amaros y yo lo he empleado en ofenderos; bien merecía que me hubierais arrojado al infierno en aquel mismo instante en que os ofendí; mas Vos me llamasteis a penitencia y me perdonasteis. Os prometí no volver más a ofenderos; pero ¡cuántas veces he vuelto de nuevo a injuriaros y Vos habéis vuelto a perdonarme! Sea eternamente bendita vuestra misericordia, que, si no fuera infinita, ¿cómo podría haberme soportado? ¿Quién hubiera podido tener conmigo la paciencia que me habéis tenido? ¡Cuánto me pesa de haber ofendido a un Dios tan bueno! Carísimo Salvador mío, la sola paciencia que habéis usado conmigo debiera enamorarme de Vos. No permitáis, os suplico, que prosiga siendo ingrato al amor que me habéis manifestado. Desprendedme de todo lo terreno y atraedme totalmente a vuestro amor. No, Dios mío, no quiero perder el tiempo que me dais para reparar el mal que he cometido ; antes al contrario, quiero emplearlo todo en serviros y amaros. Dadme la santa perseverancia. Os amo, Bondad infinita, y espero amaros eternamente.

Gracias os doy, ¡oh María!, porque Vos habéis sido mi intercesora para alcanzarme espacio de penitencia. Asistidme ahora y haced que emplee todo el tiempo en amar a vuestro Hijo y Redentor mío y a Vos, Reina v Madre mía.

PUNTO SEGUNDO
El tiempo, tesoro menospreciado y vanamente deseado en la muerte.

No hay nada más precioso que el tiempo, ni tampoco hay cosa más menospreciada y menos estimada de los mundanos. Esto es lo que deplora San Bernardo cuando dice: (Nada hay más precioso que el tiempo y nada más vilmente estimado» ; y luego añade: (Uno tras otro se deslizan los días de salud para nunca más volver». Ved a ese jugador que gasta días y noches en el juego. Preguntadle qué hace, y os responderá: «Matar el tiempo.» Ved a ese otro vago que pasa las horas muertas en la calle, atisbando a ver quién pasa, si no es que se entretiene en hablar de cosas obscenas o a lo menos inútiles. Si le preguntáis qué hace, os responderá que está pasando el tiempo. ¡Desgraciados! De esta suerte pierden tantos días, días que no volverán jamás.

¡Tiempo menospreciado, en el trance de la muerte serás buscado y apetecido por los mundanos! Suspirarán entonces por otro año, por otro mes, por otro día, mas no lo tendrán; y oirán, por toda respuesta, aquella voz terrible: *Ya no habrá más tiempo*. ¡Cuánto pagarían estos desventurados porque se les concediese todavía una semana más, otro día de tiempo, para mejor ajustar las cuentas de su alma! «Entonces, para lograr una hora de tiempo, darían —dice San Lorenzo Justiniano— todos sus bienes, riquezas, honores, placeres». Mas ni esta hora tendrán de tregua. «Apresúrate —le dirá el sacerdote que le asista—, apresúrate, sal presto de esta tierra, que ya no queda tiempo»).

Por esto nos exhorta el Sabio a que nos acordemos de Dios y procuremos su gracia y amistad antes que desaparezca la luz. *Acuérdate de tu Creador antes que se oscurezca el sol y desaparezca la luz*. ¡Qué dolor no siente el viajero, al saber que ha perdido el camino, cuando le vienen encima las tinieblas de la noche y no tiene tiempo de remediar el yerro! Este género de angustia acometerá en la hora de la muerte al que ha vivido muchos años en el mundo sin emplearlos en el servicio de Dios. *Vendrá la noche* —dice el Señor— *en la cual nadie puede obrar*. Esta noche fatal será para él la hora de la muerte, en la cual no podrá ya hacer nada. *Y contra mí llamó al tiempo,* dice el Profeta. Pasará entonces por delante de su conciencia el tiempo que ha tenido y que lo ha empleado en daño de su alma. Le vendrán a la memoria tantas luces, tantas gracias que ha recibido de Dios para hacerse santo, y no ha querido aprovecharse de ellas; y en aquel momento se verá imposibilitado de hacer el bien. Entonces, gimiendo, dirá:

«¡Loco de mí! ¿Qué es lo que he hecho? ¡Oh tiempo perdido! ¡Toda tu vida está perdida! ¡Perdí los años en que podía haberme santificado! No lo hice, y ahora ya se acabó el tiempo.» Pero ¿de qué le servirán entonces estos suspiros y lamentos, cuando está acabándose para él la escena de este mundo, y la lámpara de su vida despide los últimos fulgores, y el moribundo está para entrar en el momento del cual depende toda la eternidad?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús mío! Vos habéis empleado toda vuestra vida en salvar mi alma; no hubo en ella ni siquiera un momento en el cual no os hayáis ofrecido al Eterno Padre para obtenerme el perdón y la salvación eterna. Y yo, que tantos años ha vivo en el mundo, ¿cuántos hasta ahora he empleado en serviros? ¡Ah, que todo cuanto he hecho me causa remordimientos de conciencia! El mal ha sido mucho; el bien harto poco ha sido, y todavía cargado de imperfecciones, lleno de tibiezas, de amor propio y de distracciones. ¡Oh Redentor míos todo esto me ha sucedido porque me olvidé de cuanto Vos habéis hecho por mí! Pero si yo me olvidé de Vos, no me habéis Vos echado en olvido, sino que, cuando huía de Vos me habéis buscado *y* llamado muchas veces a vuestro amor.

Heme aquí, Jesús mío; ya no quiero resistiros más; pues ¿a qué espero? ¿A que Vos me hayáis totalmente abandonado? Me arrepiento, ¡oh Soberano Bien!, de haberme separado de Vos por el pecado. Os amo, Bondad infinita, digna de infinito amor. No permitáis que vuelva a perder el tiempo que vuestra misericordia me concede. Traedme siempre a la memoria, amado Salvador mío, el amor que me habéis tenido y los trabajos que por mí habéis padecido. Haced que me olvide de todo, a fin de que en lo que me resta de vida no piense más que en amaros y en complaceros. Os amo, Jesús mío, mi amor, mi todo. Os prometo hacer actos de amor siempre que me acuerde de Vos. Dadme la santa perseverancia. Todo lo fío en los méritos de vuestra preciosísima sangre.

¡Oh amadísima Madre mía, María, en vuestra intercesión confío!

PUNTO TERCERO
El tiempo es un tesoro que hay que saber guardar.

Caminad —— nos dice Jesucristo — *mientras tengáis luz*. Es menester que caminemos por las vías del Señor mientras tengamos luz, esto es, durante la vida, porque la luz se apaga en la hora de la muerte. Entonces no es tiempo de prepararse, sino de estar ya preparado. *Estad preparados*, nos dice el Señor. En la hora de la muerte no se puede hacer cosa de provecho: lo hecho, hecho está. ¡Oh Dios!, si a uno trajesen la triste nueva de que dentro de poco se iba a ventilar un

proceso del cual depende su vida y toda su fortuna, ¿qué prisa no so daría para buscar un buen abogado que hiciese valer su razón ante los ministros de justicia y ver el medio de que la sentencia le fuera favorable ? Estarnos seguros que muy en breve, tal vez ahora mismo, se ha de tratar la causa que más nos importa: del negocio de nuestra salvación. ¿Y perdemos el tiempo?

Pero dirás: «Yo soy joven todavía; más tarde me daré a Dios.» «Pero ¿ignoras por ventura —te diré yo— que el Señor maldijo a la higuera porque no llevaba fruto, aun cuando, como lo advierte el Evangelio, *no era el tiempo de los higos?»*. Con lo cual quiso el Señor declararnos que el hombre, aun en los años de su juventud, debe dar frutos de buenas obras; de otra suerte será maldito y en lo por venir no dará frutos, como no los dio la higuera. *Nunca jamás coma ya nadie fruto de ti*. Así dijo el Redentor al árbol, *y* de esta suerte maldice al que, llamado por El, le resiste. ¡Cosa digna de admiración! El demonio tiene por breve el tiempo de nuestra vida, y por eso no pierde ni un instante para tentarnos. *El diablo bajó a vosotros y está lleno de furor sabiendo que le queda poco tiempo*. Y mientras el enemigo no malogra un momento para perdernos, ¿malograremos nosotros el tiempo que Dios nos ha dado para salvarnos?

«¿Y qué mal hago yo?», preguntará otro. Pues qué, ¿no es un mal perder el tiempo en juegos, en conversaciones inútiles, que nada aprovechan al alma? ¿Por ventura te da Dios el tiempo para que lo malgastes? *No* —dice el Espíritu Santo—; *del buen don no pierdas ni la más mínima parte*. Los obreros de que nos habla San Mateo no hacían cosa mala: solamente perdían el tiempo, y, sin embargo, fueron reprendidos por el dueño de la viña, que les dijo: *¿Por qué es tais aquí ociosos todo el día?*.. En el día del juicio Jesucristo nos pedirá cuenta de toda palabra ociosa. Todo el tiempo que no se emplea en el servicio de Dios es tiempo perdido. «Mira como perdido—dice San Bernardo—todo el tiempo en que no has pensado en Dios». Por eso nos exhorta el Señor y nos dice: *Cuanto pueda hacer tu mano, hazlo sin demora, porque ni para obra ni pensamiento habrá lugar en el sepulcro, hacia el cual corres apresuradament*. Decía la venerable Madre Sor Juana de la Santísima Trinidad, carmelita descalza[(4)], que en la vida de los santos no hay el día de mañana, que sólo se halla en la vida de los pecadores, los cuales siempre están diciendo: *Mañana, mañana, y* así les asalta la muerte. *Ahora es el tiempo favorable* —dice el Apóstol—. *Si oyereis hoy la voz del Señor* —dice el Salmista—*, no queráis endurecer vuestros corazones*. Dios te exhorta hoy a obrar el bien; hazlo hoy, porque bien puede ser que mañana no sea ya tiempo, o que Dios no te llame más.

Si en lo pasado, por tu desgracia, has gastado el tiempo en ofender a Dios, procura llorarlo todo lo que te queda de vida, como se propuso hacerlo el rey Exequias *Repasaré, ¡oh Dios mío!, delante de Ti con amargura de mi alma,*

todos los año; de mi vida. Dios te alarga la vida a fin de que repares el tiempo perdido. *Recobrad el tiempo perdido* —dice San Pablo a los Efesios—, *porque los días de vuestra vida son malos*. Comentando San Anselmo este texto, dice: «Recobrarás el tiempo si haces lo que has descuidado hacer». «Si bien San Pablo —dice San Jerónimo— fue en orden el último de los Apóstoles, los aventajó a todos en mérito, porque después de su vocación trabajó más que todos».

Consideremos, a lo menos, ya que otra cosa no hagamos, que a cada momento podemos alcanzar nuevos méritos para la vida eterna. Si te fuera dado en propiedad tantas tierras como pudieras recorrer en una jornada o tanto dinero como pudieras contar en un día, ¡con qué afán te pondrías a la obra! Pues bien, a cada momento puedes adquirir tesoros eternos, ¿y pierdes el tiempo? Lo que puedes hacer hoy no lo dejes para el día de mañana, porque el día de hoy será para ti perdido y no tornará más. Cuando hablaban delante de San Francisco de Borja de cosas mundanas, elevaba su corazón hacia Dios y se entretenía con El en santos afectos; de suerte que si al fin le preguntaban su parecer no sabía qué responder. Un día que por ello le amonestaron dijo: «Antes prefiero pasar por corto de ingenio que perder una partecita de tiempo».

AFECTOS Y PETICIONES

No, Dios mío, no quiero perder más el tiempo que me concedéis por vuestra misericordia. Ahora debiera estar en el infierno, llorando sin provecho; mas os doy gracias por haberme conservado la vida, pues todo lo que me resta que vivir lo quiero emplear en vuestro servicio. Si ahora estuviera en el infierno, lloraría, pero desesperado y sin fruto. Quiero llorar las ofensas que os he hecho, y, llorando, estoy seguro que me perdonaréis, como me lo asegura el Profeta Isaías: *Enjugarás tus lágrimas; el Señor, apiadándose de ti, usará contigo de misericordia*. Si estuviera en el infierno, no podría amaros; pero ahora os amo y espero poder amaros siempre. Si ahora me hallara en el infierno, no podría pediros vuestra gracia; mas ahora oigo que decís: *Pedid y recibiréis*. Ya que todavía os puedo pedir gracias, dos favores me atrevo a pediros, ¡oh Dios del alma mía!: dadme la perseverancia en vuestra gracia, dadme vuestro amor y después haced de mí lo que os agrade. Haced que en todos los momentos que me quedan de vida me encomiende a Vos, Jesús mío, diciéndoos: Señor, ayudadme; Señor, tened compasión de mí; no permitáis que os ofenda, haced que os ame.

¡Oh Madre mía, María Santísima!, alcanzadme la gracia de encomendarme siempre a Dios y de pedirle la perseverancia final y su santo amor.

DECIMOSEGUNDA CONSIDERACIÓN

DE LA IMPORTANCIA DE LA SALVACIÓN

Rogamos autem vos fratres, ut negotium vestrum agatis.
Os rogamos, hermanos, que os cuidéis de vuestro negocio.
I Thess,. IV, 10.

PUNTO PRIMERO
La salvación, el negocio más importante

El negocio de la eterna salvación es, sin duda, entre todos el que más nos importa, y, sin embargo, entre los cristianos es el más descuidado. No hay diligencia que no se haga ni tiempo que no se aproveche para obtener un empleo, para ganar un pleito o para concertar un matrimonio. ¡Cuántos consejos se piden! ¡Qué de medidas se toman! No se come, apenas se duerme ; y para alcanzar la salvación eterna, ¿qué se hace? ¿Cómo se vive? No se hace nada; antes, por el contrario, se hace todo para ponerla en peligro. Y la mayor parte de los cristianos viven corno si la muerte, el juicio, el infierno, el paraíso *y* la eternidad no fueran verdades de fe, sino fábulas inventadas por los poetas. Si se pierde un proceso o se destruye una cosecha, ¡qué de angustias no se sienten y cuántos trabajos no se emplean para reparar el daño! Si se pierde un caballo, si se extravía un perro, ¿qué de diligencias no se hacen para dar con él? Se pierde la gracia de Dios, y se duerme, y se *goza,* y se ríe.

¡Cosa asombrosa! Todos se avergüenzan de pasar por negligentes en los negocios del mundo, y nadie se corre de ser descuidado en el negocio que más le importa: en el de la salvación. Estos mismos llaman sabios a los santos porque solamente se han preocupado de su salvación, y después ellos, engolfados en los negocios mundanos, no atienden al de su alma. «Mas vosotros — dice San Pablo—. vosotros, hermanos míos, atended solamente al gran negocio que traéis entre manos, al de vuestra salvación eterna, que entre todos es el que más importa.» Os *rogamos, hermanos, que os cuidéis de vuestro negocio.*

Estemos bien persuadidos que la salvación eterna es para nosotros el negocio más *importante,* el negocio *único,* el negocio *irreparable,* si en él fallamos.

Es, sin duda, el negocio más *importante;* porque es el que trae mayores consecuencias, pues se trata del alma, y, perdiéndose ésta, todo queda perdido. Debemos tener en más estima a nuestra alma que a todos los bienes de la tierra.

«Porque el alma —dice San Juan Crisóstomo— es más preciosa que todo el mundo». Para llegar a comprender esto, bástanos saber que el mismo Dios ha entregado a su propio Hijo a la muerte para salvar nuestra alma. *Así amó Dios al mundo, que dio su unigénito Hijo*. Y el Verbo Eterno no vaciló en comprarla con su misma sangre. *A gran precio habéis sido comprados,* dice San Pablo. A la verdad, ¿no parece que el hombre vale tanto como Dios ? «Sí —responde San Agustín—, tan grande don se ha dado por la redención del humano linaje, que parece que el hombre vale tanto como Dios», Por eso dijo Jesucristo: *¿Qué es lo que podrá dar el hombre en cambio de su alma?* Si, pues, el alma vale tanto, si la pierde, ¿ con qué bien del mundo podrá el hombre compensar tan grande pérdida?

Locos, y con razón, llamaba San Felipe Neri a los que no se cuidan de salvar su alma. Si hubiese en la tierra dos suertes de hombres: mortales unos y otros inmortales, y los primeros viesen a los segundos afanados por allegar bienes de la tierra, alcanzar honores, amontonar riquezas y gozar de los placeres de la tierra, seguramente les dirían: «Sois unos insensatos; podéis conquistar bienes eternos ¿y vais en pos de estas cosas viles y pasajeras? ¿Y por ellas os condenaréis vosotros mismos a tormentos eternos en la otra vida? Dejad, dejad estos bienes del mundo para gentes desventuradas, como nosotros, que nada tenemos que esperar más allá de la tumba.» Pero no, que todos somos inmortales. ¿Cómo habrá, sin embargo, tantos hombres que por los miserables placeres de esta vida pierdan su alma? ¿Cómo puede haber cristianos que creen en el juicio, en el infierno, en la eternidad, y luego viven sin temor ? «¿Cuál es la causa —pregunta Salviano— que creyendo el cristiano en las cosas futuras no las tema?»

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Dios mío!, ¿en qué he empleado tantos años de vida que Vos me habéis dado para procurar mi eterna salvación? Vos, Redentor mío, habéis comprado mi alma con vuestra sangre y luego me la habéis dado para que la emplease en salvarla, y yo he trabajado por perderla, ofendiéndoos a Vos, que tanto me habéis amado. Gracias os doy, Señor, porque todavía me dais tiempo para remediar el gran mal que he hecho. He perdido mi alma y vuestra divina gracia. Duélome, Señor, de ello y lo detesto con todo mi corazón. Perdonadme, que en adelante estoy resuelto a perderlo todo, aun la misma vida, antes que perder vuestra amistad. Os amo sobre todo bien y propongo amaros siempre, ¡oh Sumo Bien, digno do infinito arnor! ¡Ayudadme, Jesús mío, a fin de que esta mi resolución no sea semejante a mis pasados propósitos, que no fueron más que otras tantas traiciones! ¡Quitadme la vida antes que vuelva a ofenderos de nuevo y a dejar de amaros! ¡Oh María, esperanza mía, salvadme, obteniéndome la santa perseverancia!

PUNTO SEGUNDO
La salvación, nuestro único negocio

El negocio de nuestra eterna salvación no sólo es el más importante, sino el *único* que debe preocuparnos en esta vida. *Una sola cosa es necesaria,* dice Jesucristo. Lamenta San Bernardo la locura de los cristianos, «que a los juegos de los niños llaman bagatelas, y a las bagatelas de las personas graves dan el nombre de importantes negocios», siendo así que estos grandes negocios no son más que grandes bagatelas. Porque *¿de qué sirve al hombre* —dice Jesucristo— *el ganar todo el mundo si pierde su alma?*. Si logras salvarte, hermano mío, ¿qué importa que en este mundo hayas vivido pobre, afligido *y* menospreciado? Salvándote, se acabarán para ti los males y serás feliz por toda la eternidad. Pero si te pierdes y te condenas. ¿de qué te servirá en el infierno haber gozado de todos los bienes de la tierra, haber nadado en riquezas y haber sido colmado de honores? Perdida el alma, perdidos son los placeres, y los honores, y las riquezas: perdido es todo.

¿Qué tendrás que responder cuando Dios te llame a juicio ? Si el rey enviase un embajador a tratar en una ciudad negocios de capital interés, y, en vez de atender al negocio que le ha sido encomendado, gastase el tiempo en banquetes, comedias y diversiones, y con esto el negocio fracasara, ¿ qué cuenta no tendría que dar al rey a la vuelta? Pero, ¡gran Dios!, ¿ qué cuenta más rigurosa tendrá que dar al Señor en el día del juicio el que puesto en este mundo, no para divertirse, no para hacerse rico, no para conquistar honores, sino para salvar su alma, a todo atendió menos a salvarla? La desgracia de los mundanos es que piensan mucho en lo presente y nada en la vida futura. Hablando cierto día en Roma San Felipe Neri con un joven llamado Francisco Zazzera, de mucho talento y muy dado a cosas del mundo, le dijo: «Tú, hijo mío, allegarás grandes riquezas, serás abogado de mucha cuenta, llegarás después a prelado, tal vez a cardenal, bien pudiera ser que a Papa. ¿Y después? ¿Y después? Anda, hijo mío —añadió despidiéndole—, piensa en estas últimas palabras.» De vuelta Francisco a su casa fue meditando y saboreando aquel *¿y después?, ¿y después ?* De allí a poco abandonó sus risueñas esperanzas, dio un adiós al mundo y entró en la Congregación de San Felipe, para no ocuparse más que en las cosas de Dios.

La salvación, pues, es el *único* negocio, porque sólo tenemos un alma. Pidióle cierto príncipe a Benedicto XII una gracia que no podía otorgarle sin grave ofensa de Dios. El Papa respondió al embajador del príncipe con estas palabras: «Decid al rey, vuestro señor, que, si yo tuviera dos almas, podría perder una por él y reservarme otra para mí; pero comoquiera que no tengo más que una sola, no puedo ni quiero perderla». Decía San Francisco Javier que en el mundo no hay más que un *solo* bien y un solo mal: el único bien, salvarse; el único mal, condenarse. Esto mismo decía Santa Teresa a sus religiosas: «Hermanas mías,

una alma y una eternidad». Queriendo con esto decirles: tenemos *una alma;* perdida ésta, todo está perdido por *una eternidad;* perdida el alma una sola vez, está perdida para siempre. Por eso rogaba David al Señor y le decía: *Una sola cosa he pedido al Señor, ésta solicitaré, y es que yo pueda vivir en la casa del Señor*. ¡Señor, una sola cosa os pido: salvad mi alma, y nada más!

Trabajad con temor y temblor en la obra de vuestra salvación. Quien no teme perderse y no tiembla por su salvación no se salvará; de aquí resulta que, para salvarse, es menester trabajar y hacerse violencia. *El reino de los cielos,* —dice Jesucristo— *se alcanza a viva fuerza y los que se la hacen son los que lo arrebatan*). Para conseguir la salvación es necesario que en la hora de la muerte nuestra vida sea semejante a la de Jesucristo; porque, como dice San Pablo: *Dios los predestinó para que se hiciesen conformes a la imagen de su Hujo.* Y por esto debemos, por una parte, esforzarnos por huir las ocasiones de pecar, y, por otra, debemos poner en práctica los medios necesarios para conseguir la salvación eterna. «No, no se dará de los cielos a los perezosos —dice San Bernardo—, sino a los que han trabajado dignamente en el servicio de Dios. Todos quieren salvarse, pero si ningún trabajo. «¡ Cómo es que el demonio —dice San Agustín— se fatiga tanto para demos y no duerme, y tú, tratándose de tu porvenir eternamente feliz o eternamente desgraciado, vives tan negligente? Velan los enemigos, ¿y tú duermes?».

AFECTOS Y PETICIONES

Gracias os doy, Dios mío, porque, debiendo estar en el infierno por los pecados que tantas veces cometí, permitís que ahora me halle aquí en vuestra divina presencia. Pero ¿de qué me serviría la vida que me conserváis si prosiguiese viviendo en desgracia vuestra? En adelante no será así. Os he menospreciado y os he perdido a Vos, Sumo Bien mío; pero duélome ya de todo corazón. ¡Ojalá hubiera muerto antes mil veces! Os he perdido; mas vuestro Profeta me asegura que sois todo bondad y os hacéis encontradizo con el alma que os busca. *Bueno es el Señor tara el alma que va en su busca*. Si en mi vida pasada he andado lejos de Vos, ¡oh Rey de mi corazón!, ahora os busco y no quiero hallar más que a Vos. Os amo con todos los afectos de mi corazón. Recibidme y no os desdeñéis de dejaros amar de un corazón que tantas veces os ha menospreciado. *Enséñame a hacer tu voluntad*. Decidme qué es lo que debo hacer para complaceros, que dispuesto estoy a hacer cuanto entienda ser vuestra voluntad. Salvad, Jesús mío, esta mi alma, por la cual habéis dado toda vuestra sangre y vuestra vida, y el salvarme sea darme la gracia de amaros en esta vida y por toda la eternidad. Así lo espero por vuestros méritos.

También lo espero por vuestra intercesión, ¡ oh María!

PUNTO PRIMERO
La salvación es negocio irreparable

La salvación es negocio *importante,* negocio *único,* negocio irreparable. «No hay error —dice San Euquerio— sobre el error de descuidar el negocio de la salvación eterna». Para todos los otros yerros hay remedio: si se pierde la hacienda, puede ganarse por otro camino; si se pierde un empleo, se puede otra vez recuperar; aun perdiendo la vida, si uno logra salvarse, todo está remediado. Mas para el alma que se condena ya no hay remedio. Se muere una sola vez ; perdida una vez el alma, se pierde para siempre. No queda más remedio que llorar eternamente con los otros desgraciados que pueblan ya el infierno, cuya pena y tormento mayor será el pensar que se les acabó el tiempo de remediar su desgracia. *El verano se acabó* ——dirán por Jeremías—*, y nosotros no somos libertados*. Preguntad a los sabios que están sumergidos en los fuegos devoradores del infierno, preguntadles los sentimientos que tienen y si están contentos con haber labrado gran fortuna sobre la tierra, ahora que están condenados a vivir eternamente en aquella cárcel. Oídlos cómo se lamentan y dicen: *¡Conque nos hemos engañado!*. Mas ¿de qué les sirve conocer su yerro ahora que no pueden remediar su eterna condenación? ¿Qué tormento no sentirá en este mundo aquel que, habiendo con poco trabajo podido remediar la ruina de su casa, la encontrase un día arruinada y viniese a reconocer su negligencia cuando ya no hubiese remedio?

Este es el tormento mayor de los condenados: pensar que han perdido su alma y se han condenado por culpa suya. *Tu perdición, Israel, viene de ti mismo, y sólo de Mí tu socorro*. Dice Santa Teresa(5) que si uno pierde por culpa suya un vestido, un anillo, aunque sea una nonada, no halla paz, no come, no duerme. ¡Qué suplicio, pues, no sentirá, ¡oh Dios mío!, el condenado en el momento mismo de entrar en el infierno, viéndose encerrado en aquella cárcel de tormentos, cuando comience a darse cuenta de su desgracia y entienda que ya no podrá repararla por toda la eternidad! Entonces, sin duda, dirá: «He perdido mi alma, he perdido el paraíso, he perdido a Dios, he perdido todo y para siempre. ¿Y por qué ? Por culpa mía»(6).

Pero dirá alguno: «Si cometo este pecado, ¿por qué me he de condenar ? Bien puede ser que todavía me salve.» Yo le responderé: «También puede ser que te condenes, y aún digo más: que es más fácil que te condenes, porque la Escritura amenaza con la eterna condenación a los pecadores obstinados, como ahora lo eres tú.» *¡Ay de vosotros, hijos rebeldes y desertores!* —dice el Señor por Isaías—. *¡Ay de ellos, porque se apartaron de Mí.* Advierte, al menos, que con este pecado que cometes pones en duda y en gran riesgo tu salvación eterna. Pues bien, y este negocio ¿es de tal naturaleza que lo puedas poner en peligro? No se

trata aquí de una casa, de una rica heredad, de un empleo; «se trata —dice San Juan Crisóstomo— de padecer una eternidad de tormentos y de perder un paraíso eterno». Y este negocio, que para ti es el todo, ¿lo has de arriesgar por un *puede ser?*

«¿Quién sabe? —replicarás tal vez—. No me condenaré; espero que Dios más tarde me ha de perdonar.» Pero entre tanto tú mismo, y en este instante, te condenas al infierno. Dime: ¿Te arrojarías a un pozo, diciendo : «Vamos, ¿ quién sabe si escaparé a la muerte?» A buen seguro que no. ¿Y cómo te atreves a apoyar tu eterna salvación en una esperanza tan débil como es un *quién sabe?* Cuántos hay que se han condenado por esta maldita esperanza! ¿Ignoras por ventura que la esperanza de los que se obstinan en pecar no es verdadera esperanza, sino engaño y presunción que excita a Dios, no a misericordia, sino a mayores venganzas? Si ahora dices que no puedes resistir a la tentación y a la pasión que te avasalla, ¿cómo podrás resistir más tarde, cuando con nuevos pecados, lejos de aumentarse, disminuyan tus fuerzas? Porque entonces, por una parte, tu alma quedará más ciega y más endurecida en la maldad, y, por otra, te faltará la ayuda y el favor del cielo. ¿O es que esperas que Dios te ha de otorgar más luces y mayores gracias a medida que tú vayas amontonando pecados sobre pecados?

¡Oh .Jesús mío!, traedme siempre a la memoria el recuerdo de la muerte que habéis padecido por mí y dadme confianza. Temo que en la hora de mi muerte el demonio intente desesperarme a la vista de tantos pecados como he cometido. ¡Cuántas veces os he prometido, movido por las luces que me habéis dado, que no había de volver a ofenderos más, y después, fiado del perdón, os he vuelto a ultrajar! Y porque no me habéis castigado, por eso os he ultrajado más. Porque habéis tenido compasión de mí, he multiplicado mis ultrajes; Oh Redentor mío! , antes que abandone este mundo, dadme un gran dolor de mis pecados. Me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de haberos ofendido, y de hoy en adelante os prometo antes morir mil veces que volver a abandonaros. Entre tanto, hacedme oír aquellas palabras que dirigisteis a la Magdalena: *Tus pecados te son perdonados*, y dadme antes de mi muerte verdadero dolor de mis pecados; de otra suerte, temo que mi muerte sea inquieta y desgraciada. *No seas para mí motivo de temor,* ¡oh Jesús mío!; *Tú, esperanza mía, en el tiempo de mi aflicción*. Si viniera a morir antes de haber llorado mis pecados y antes de haberos amado, entonces vuestras llagas y vuestra sangre, más que esperanza, me causarían temor. En lo que me resta de vida no os pido consuelos y bienes de la tierra; sólo os pido dolor de mis pecados y amor. Oíd mis ruegos, ¡oh carísimo Salvador mío!, por aquel amor que os llevó a sacrificar vuestra vida por mí en el Calvario.

María, Madre mía, obtenedme todas estas gracias, juntamente con la perseverancia hasta la muerte.

DECIMOTERCERA CONSIDERACIÓN

VANIDAD DEL MUNDO

Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animae vero suaedetrimentum patiatur?.
¿De qué le sirve al hombre ganar todo todo el mundo si pierde su alma?
Matth., XVI, 26.

PUNTO PRIMERO
Los bienes del mundo acaban con la muerte

Un antiguo filósofo, llamado Aristipo, viajando una vez por el mar, naufragó con la nave en que iba y perdió todos sus caudales. Aribó, por fin al puerto, y merced a la reputación de sabio que gozaba entre los habitantes de aquel país, le dieron con creces lo que había perdido. Escribiendo después su malaventura a los amigos que había dejado en su patria, les exhortaba con su ejemplo a procurar solamente aquellos bienes que ni en los naufragios se pueden perder. Esto cabalmente nos están diciendo desde la eternidad nuestros parientes y amigos: que procuremos adquirir en este mundo solamente aquellos bienes que ni la muerte puede destruir. Día de perdición es llamado el día de la muerte. *Próximo está* —dice el Señor— *el día de perdición*. Y, a la verdad, en aquel día todos los bienes de la tierra, honores, riquezas, placeres, todo ha de desaparecer. Por esto decía San Ambrosio «que no podemos llamar bienes nuestros a los que no podemos llevar a la otra vida; sólo las virtudes nos acompañan más allá de la tumba». «¿De qué nos sirve —dice Jesucristo — ganar todo el mundo si a la hora de la muerte, perdiendo el alma, se pierde todo?» ¡A cuántos jóvenes llevó esta sola máxima a encerrarse en el claustro! ¡A cuántos anacoretas sepultó en el desierto!

¡A cuántos mártires excitó a dar la vida por Jesucristo! Con esta sola máxima hizo San Ignacio de Loyola muchas conquistas para Dios, entre las cuales la más señalada fue la de San Francisco Javier. Hallábase en París soñando en mundanas grandezas, cuando cierto día le dijo el Santo que el mundo es un traidor, que prometer sabe, cumplir no sabe. Y aun suponiendo que cumpliese el mundo lo que promete, jamás podrá satisfacer tu corazón. Y dado caso que le diese pleno contento, ¿cuánto durará esta tu felicidad? ¡Podrá durar más que tu vida? Y al fin

de ella, ¿qué podrás llevar a la eternidad? Has visto a algún potentado que se haya llevado al otro mundo algún dinero o algún fiel servidor para su regalo? ¿Conociste a algún rey que se llevase un mal pedazo de púrpura para que en la otra vida le honrasen ?... Herido Francisco con el golpe de esta voz, abandonó el mundo, siguió a San Ignacio y se hizo santo.

Vanidad de vanidades, así llamó Salomón a los bienes de este mundo después de haber gozado de todos los placeres de la tierra, como él mismo confesó por estas palabras: *Nunca negué a'mis ojos nada de cuanto desearon*. Decía Sor Margarita de Santa Ana, carmelita descalza e hija del emperador Rodolfo II: «¿De qué sirven los reinos en la hora de la muerte?». ¡Cosa digna de toda admiración! Tiemblan los santos al pensar en el negocio de su eterna salvación. Temblaba el P. Pablo Séñeri, el cual, lleno de sobresalto, preguntaba a su confesor: «¿Qué me dice, Padre; me salvaré?». Temblaba San Andrés Avelino y, anegado en lágrimas, decía: «¡Quién sabe si me salvaré!» San Luis Bertrán también temblaba atormentado de este mismo pensamiento, y muchas noches, sobresaltado, se levantaba de la cama, diciendo: «¿Quién sabe si me condenaré?» Y entre tanto, los pecadores, que viven en estado de condenación, duermen, ríen, se divierten.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús, Redentor mío!, gracias os doy porque me habéis dado a conocer mi locura y el mal que he hecho abandonándoos a Vos, que por mí habéis dado vuestra sangre y vuestra vida. No merecíais, en verdad, ser tratado por mí como lo habéis sido. ¡Ay! Si ahora me asaltase la muerte, ¿qué hallaría en mi alma sino pecados y remordimientos de conciencia que me harían morir lleno de angustia? Confieso, Salvador mío, que he obrado mal; me equivoqué abandonándoos a Vos, Sumo Bien mío, para ir en pos de los míseros placeres de este mundo, Arrepiéntome con todo mi corazón y os suplico, por los dolores que por mí sufristeis en la cruz, que me deis tan gran dolor de mis pecados, que me hagan llorar toda mi vida las culpas que contra Vos cometí. Jesús mío, perdonadme; os prometo amaros siempre y no disgustaros jamás. Indigno soy de vuestro amor, por haberos tantas veces menospreciado en mi vida pasada; pero Vos habéis dicho *que amáis a los que os aman*. Yo os amo; amadme también Vos, que no quiero verme más privado de vuestra gracia. Renuncio a todas las grandezas y placeres de este mundo con tal que Vos me améis. Oídme, Dios mío, por amor de Jesucristo, pues El os ruega que no me arrojéis de vuestro Corazón. A Vos me consagro todo entero; os consagro mi vida, mis gustos, mis sentidos, mi alma, mi cuerpo, mi voluntad y mi libertad. Aceptad esta mi ofrenda y no la rechacéis, como lo tengo merecido por haber rehusado tantas veces vuestra amistad. *No me arrojes de tu presencia*.

¡Oh Virgen Santísima y Madre mía, María!, rogad a Jesús por mí; en vuestra intercesión pongo toda mi confianza.

PUNTO SEGUNDO
Los bienes del mundo no pueden saciar nuestro corazón

En sus manos —dice el Profeta— *tiene una balanza engaños*. Debemos pesar los bienes de la tierra en la balanza de Dios, no en la del mundo, que es falsa y engañosa. Los bienes del mundo son harto miserables y pronto se acaban, para que puedan dar pleno contento a nuestro corazón. *Mis días han corrido más velozmente que una posta... Pasaron como naves cargadas de frutas*. Pasan y huyen veloces los días de nuestra vida; y, a la postre, de los bienes de esta tierra, ¿qué es lo que queda ? *Pasaron como naves.* Pasan las naves sin dejar en pos de sí huella alguna por donde pasaron. *Cual nave que surca las olas del mar* —dice el Sabio—, *de cuyo tránsito no hay que buscar vestigio*. Preguntemos a tantos ricos, a tantos sabios, a los príncipes y emperadores que, están ahora en la eternidad, preguntémosles qué les queda de su fausto, de su grandeza, de las delicias que en la tierra gozaron, y todos a una nos responderán: «Nada, absolutamente nada.» «Vosotros —dice San Agustín— solamente miráis los bienes que tiene ese grande del mundo; pero mirad también lo que al morir lleva consigo: un cadáver putrefacto y un miserable andrajo, que se ha de pudrir con él». De los grandes que mueren apenas se oye hablar por un corto espacio de tiempo; poco después ni siquiera se hace mención de ellos. *Desvanecióse como él sonido su memoria*. Y si los desventurados se condenan, en el infierno ¿qué hacen? ¿Qué dicen? Se lamentarán y dirán con el Sabio: *¿De qué nos ha servido la soberbia? ¿O qué provecho nos ha traído la vana ostentación de nuestras riquezas?. . Pasaron como sombra todas estas cosas*, y ahora sólo nos queda pena, llanto y desesperación eterna.

Los hijos de este siglo —dice Jesucristo— *son más prudentes que los hijos de la luz*. Es cosa que pone admiración ver cuan prudentes son los mundanos en las cosas de la tierra. ¡Cuánto no trabajan para escalar aquel puesto honroso, para allegar riquezas! ¡Qué diligencia ponen para conservar la salud del cuerpo! Buscan los medios más seguros: el mejor médico, los mejores remedios, el más benigno clima, y del alma no se cuidan para nada. Y, sin embargo, es cierto que la salud, las riquezas, los honrosos cargos acabarán un día; pero el alma, la eternidad, jamás acabarán. «Mirad —dice San Agustín—, mirad a cuántos trabajos se expone el hombre por las cosas que ama desordenadamente». ¿Qué no padece el vengativo, qué el ladrón, qué el des honesto para llevar a cabo su criminal intento? ¡Y por el alma no quieren pasar ningún trabajo! ¡Oh Dios, que a la luz de la candela que se enciende en la hora de la muerte, en aquel tiempo de

las grandes verdades, conocen y confiesan los mundanos su insigne locura! Entonces dirán: «¡Oh, si yo lo hubiera abandonado todo para hacerme santo!» En la hora de la muerte decía el Papa León X[: «Más me hubiera valido ser portero de mi convento que Papa». También el Soberano Pontífice Honorio III dijo al morir: «¡Cuánto mejor me hubiera sido haberme quedado en la cocina de mi convento lavando la vajilla!». Felipe II, rey de España, llamó a su hijo en la hora de la muerte y, quitándose las reales vestiduras, le hizo ver su pecho roído de gusanos y le dijo: «Mira, príncipe, cómo se muere y cómo acaban las grandezas del mundo.» Y luego añadió: «¡Oh, si en vez de monarca fuera lego de un convento, cuánto mejor me hubiera sido!» Luego se hizo colgar al cuello una cuerda, de la cual pendía una cruz de palo, y, dispuestas todas las cosas para la muerte, dijo a su heredero: He querido, hijo mío, que estuvieras presente a esta escena para que veas cómo el mundo trata a los mismos monarcas. Su muerte es igual a la del más pobre de la tierra. En una palabra, el que mejor vive es el que mayor favor alcanza delante de Dios.» Este joven príncipe, que después fue también rey de España con el nombre de Felipe III, al morir a la temprana edad de cuarenta y tres años, dijo: «Procurad, subditos míos, no decir en la oración fúnebre que hagáis en mis funerales más que lo que ahora veis. Decid que, en la hora de la muerte, el habar sido rey no sirve más que para sentir mayor tormento por haberlo sido.» Y luego exclamó: «¡Ojalá que en vez de ser rey me hubiera sepultado en un desierto para servir a Dios, porque ahora me presentaría con mayor confianza delante de su tribunal y no correría tanto riesgo de condenarme!».

Mas ¿de qué sirven estos deseos en la hora de la muerte, sino para mayor tormento y desesperación de los que en vida no han amado a Dios? Por esto decía Santa Teresa: «No se ha de hacer cuenta de lo que pasa con la vida; la verdadera vida consiste en vivir de tal suerte que no haya por qué temer la muerte»(7). Por tanto, si querernos apreciar en su justo valor los bienes de la tierra, considerémoslos desde el lecho de muerte y digamos: «¡Estos honores, estas diversiones estas riquezas nos serán arrebatadas. Importa, pues, mucho hacernos santos y allegar aquel género de riquezas que han de acompañarnos y hacernos felices toda la eternidad.»

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah Redentor mío! Vos habéis soportado tantos trabajos y tantas ignominia por amor mío, y yo he amado con tan grande amor los placeres y vanidades de este mundo, hasta el punto de haber, por amor de ellos, pisoteado y menospreciado vuestra gracia. Mas si Vos me buscabais con tanto afán cuando yo os menospreciaba, ¿cómo puedo temer, ¡oh Jesús mío!, que me desechéis ahora que os busco, que os amo con todo mi corazón y me arrepiento de haberos ofendido

más que si hubiera padecido cualquiera otra des gracia? ¡Oh Dios del alma mía!, en adelante no quiero causaros el menor disgusto; dadme a conocer lo que os desagrada, que por nada del mundo lo volveré a hacer.

Dadme a entender cómo debo obrar para complaceros, que pronto estoy a hacerlo, pues quiero amaros con todas veras. Abrazóme, Señor, con todos los dolores y todas las cruces que vengan de vuestra mano; dadme para ello la resignación necesaria. «Aquí quema, aquí corta», os diré con San Agustín[8]; castigadme en esta vida para que en la otra pueda eternamente amaros.

A Vos me encomiendo, María, Madre mía; no ceséis de rogar a Jesús por mí.

PUNTO TERCERO
Los bienes de este mundo no valen para nada en la eternidad

El tiempo es corto —dice San Pablo— ; *los que gozan del mundo vivan como si no gozasen de él, porque la apariencia de este mundo pasa en un momento*. ¿Qué es nuestra vida en este mundo, sino una comedia que pasa pronto y se acaba? *La apariencia de este mundo pasa luego,* es decir, la comedia, la escena teatral. «Es el mundo —dice Cornelio Alápide— a la manera de una pieza de teatro: pasa una generación y le sucede otra». Quien apareció en la escena como rey no lleva consigo la púrpura. Dime tú, ¡oh casa, oh quinta!, ¿cuántos señores tuviste? No bien se acaba la representación, el que hizo oficio de rey ya no es rey, el que apareció como señor dejó de serlo. Tuya es ahora aquella quinta, tuyo aquel palacio; vendrá luego la muerte y pasarán a manos de otros dueños.

Una hora de mal —dice el Eclesiástico— *hace olvidar los mayores deleites*. En la hora funesta de la muerte pasan al olvido y se desvanecen todas las grandezas, los títulos honoríficos y el fausto del mundo. Para Casimiro, rey de Polonia, se acabó la escena de este mundo en un día que daba un banquete a los magnates de su reino y al punto de llevar la copa a los labios. El emperador Celso fue asesinado a los ocho días de su elección, y para él acabó la escena. Dieciocho años tenía Ladislao, rey de Bohemia, y mientras preparaba grandes festejos para recibir a la hija del rey de Francia, que había de ser su esposa, he aquí que una mañana se siente acometido de un gran dolor y muere. Despachan correos en seguida por todas partes para que anuncien a la futura esposa que torne a Francia, pues para Ladislao se había acabado la comedia de este mundo. Este pensamiento de la vanidad del mundo bastó para santificar a San Francisco de Borja, el cual (como en otro lugar se dijo), al ver a la emperatriz Isabel segada por la muerte en medio de las grandezas y en la flor de la juventud, determinó entregarse totalmente a Dios, diciendo: «¿ En esto vienen a parar los cetros y coronas de

este mundo? De hoy en adelante sólo quiero servir a un Señor que no pueda morir.»

Procuremos, pues, vivir de suerte que no se nos diga en la hora de la muerte lo que dijeron a aquel necio del Evangelio: *¡Insensato!, esta misma noche han de exigir de ti la entrega de tu alma; y cuanto has almacenado, ¿para quién será?* De donde concluye San Lucas: *Esto es lo que sucede al que atesora para sí y no es rico a los ojos de Dios.* A lo cual añade Jesucristo: *Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orín ni polilla que los consuman.* Es decir, trabajad por enriqueceros, no ya de los bienes del mundo, sino del mismo Dios, atesorando virtudes y méritos, bienes que llevaréis al cielo y durarán eternamente. Esforcémonos, pues, por adquirir el gran tesoro del divino amor. «¿Qué es lo que tiene el rico —dice San Agustín— si no tiene caridad? Y al pobre, si tiene caridad, ¿qué es lo que le falta?». Aunque un hombre nade en riquezas, si no tiene a Dios, es el más pobre del mundo; pero el pobre que posee a Dios lo posee todo, ¿Y quién posee a Dios? «¡El que le ama», responde San Juan. *El que permanece en la caridad, en Dios permanece y Dios en él.*

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios mío!, no quiero que Satanás tenga más dominio sobre mi alma; Vos sólo sois y seréis mi dueño y señor; todo lo quiero perder a trueque de conquistar vuestra gracia, pues la tengo en mayor estima que mil coronas y mil reinos. ¿Y qué he de amar si no os amo a Vos, amabilidad infinita, bien infinito, belleza, bondad, amor infinito? En lo pasado os abandoné a Vos para correr detrás de las criaturas; éste será siempre el dolor que traspase mi corazón: el haberos ofendido a Vos, que tanto me habéis amado. Mas, después que me habéis unido a Vos con tantas gracias, espero no verme ya privado de vuestro amor. Tomad, Amor mío, toda mi voluntad y todas mis cosas, y haced de mí lo que os plazca. Si en lo pasado la adversidad me ha turbado, os pido por ello perdón; no quiero jamás quejarme de vuestras disposiciones, pues sé que todas ellas son para mí buenas y santas. Disponed de mí, Dios mío, como os agrade, que yo os prometo recibirlo todo con alegría y daros por ello las gracias. Haced que os ame, y nada más os pido, ¿Para qué riquezas, para qué honores, para qué todo el mundo? Dios, basta Dios; sólo quiero a Dios.

¡Oh María!, dichosa Tú, que en este mundo no amaste más que a Dios; alcánzame la gracia de asociarme a Ti, a lo menos en lo que me resta de vida. En Ti confío.

DECIMOCUARTA CONSIDERACIÓN

LA VIDA PRESENTE ES UN VIAJE A LA ETERNIDAD

Ibit homo in domum aeternitatis suae.
Irá el hombre a la casa de su eternidad
Eccli,. XII, 5.

PUNTO PRIMERO
Vamos camino a la eternidad

Al considerar que en este mundo viven tantos malvados en la prosperidad y que, por el contrario, tantos justos pasan su vida entre tribulaciones, aun los mismos gentiles, con la sola luz de la razón, han llegado a conocer esta verdad: que, existiendo un Dios, y siendo este Dios justo, debe haber otra vida en la cual sean castigados los impíos y premiados los buenos. Pues bien, lo que los gentiles han alcanzado a rastrear con la luz natural lo sabemos nosotros los cristianos con la luz de la fe. *No tenernos aquí ciudad permanente*—dice San Pablo—, *sino que vamos en busca de la que está por venir* (*Hebr.,* XIII, 14). No es el mundo nuestra verdadera patria; sólo es lugar de tránsito por donde debemos pasar para llegar en breve a la casa de la eternidad. *Irá el hombre a la casa de su eternidad.*

Por consiguiente, hermano mío, la casa que ahora habitas no es tu casa, es una posada de la cual muy pronto, y cuando menos lo pienses, tendrás que salir. Sábelo bien: apenas la muerte te haya cerrado los ojos, los primeros en arrojarte de casa serán tus parientes y amigos. Y entonces, ¿cuál será tu verdadera casa? La de tu cuerpo, hasta el día del juicio, será una hoya, y la de tu alma será la eternidad: el cielo o el infierno. Por esto dice San Agustín «Huésped eres, pasas y miras». Insigne locura sería la de aquel viajero que, pasando por un país extranjero, se empeñara en gastar todo su patrimonio en comprar casas de campo o palacios, que a los pocos días tendría que abandonar. «Considera, por consiguiente —dice el Santo—, que estás de paso en este mundo; no dejes prender tu corazón en las cosas que ves; mira y pasa, pero procúrate una buena casa donde has de vivir por toda la eternidad.»

Si te salvas, gran dicha será la tuya. ¡Oh, cuan bello y hermoso es el paraíso! Los más suntuosos palacios de los monarcas no son más que establos comparados con la ciudad celestial, única que merece llamarse *ciudad de perfecta belleza*. Allí ya no tendrás nada que desear; estando en compañía de los santos, de la Madre de Dios, de Jesucristo, no temerás mal alguno; en una palabra, vivirás anegado en un océano de delicias y en un gozo sin fin, que durará eternamente. *Y serán coronados con guirnaldas de eterna alegría*. Y para colmo

de ventura, este gozo será tan perfecto y tan grande, que a cada momento y por toda la eternidad parecerá siempre nuevo.

Pero ¡desventurado de ti si te condenas! Te verás sumergido en un mar de fuego y de tormentos, desesperado, sin Dios y abandonado de todos. ¿Y hasta cuándo ? ¿Acaso acabarán tus tormentos después de haber transcurrido cien años o mil años? ¡Qué han de acabar! Pasarán ciento y mil millones de años y de siglos, y estarás al comienzo de tu infierno. Porque ¿qué son mil años comparados con la eternidad? Menos que un día que ya pasó. *Mil años son ante tus ojos como el día de ayer, que ya pasó*. ¿Quieres ahora saber la morada que tendrás en la eternidad? Será la que tú mismo te merezcas y te fabriques con tus obras.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios mío!, ved la casa que yo merecí con mi mala vida: el infierno, donde, después del primer pecado que cometí, debería estar sepultado y abandonado de Vos, sin esperanza de poder amaros nuevamente. Sea por siempre bendita vuestra misericordia, que me ha aguardado y dado tiempo para remediar el mal que hice. Bendita sea la sangre de Jesucristo, que tal misericordia me ha obtenido. No, Dios mío no quiero abusar más de vuestra paciencia. Me arrepiento sobre todo mal de haberos ofendido, no tanto por el infierno, que merecí, como por haber ultrajado a vuestra infinita bondad. No más ofensas, Dios mío, no más ofensas; antes que ofenderos prefiero que me venga la muerte. Si ahora estuviera en el infierno, no podría amaros, ¡oh Sumo Bien mío!, ni Vos tampoco podríais amarme. Os amo y quiero ser amado de Vos; no lo merezco, es verdad; pero lo mereció Jesucristo, que se sacrificó en la cruz para que Vos pudierais perdonarme y amarme. Eterno Padre, por amor de vuestro Hijo, otorgadme la gracia de amaros siempre y amaros mucho. Os amo, Padre mío, que me habéis dado a vuestro Hijo. Os amo, oh Hijo de Dios!, que habéis muerto por mí.

¡Oh Madre de Jesús!, os amo, porque con vuestra intercesión me habéis alcanzado espacio de penitencia. Obtenedme ahora, ¡oh María! dolor de mis pecados, amor de Dios y la santa perseverancia.

PUNTO SEGUNDO
De la vida que aquí llevemos depende la eternidad

Si el árbol cayere hacia el Mediodía o hacia el Norte, doquiera que caiga, allí quedará. Del lado que caiga a la hora de la muerte el árbol de tu alma, allí quedará por toda la eternidad. No hay medio: o reinar para siempre en el cielo o para siempre sufrir como esclavo en el infierno, o siempre feliz en un océano de

delicias o siempre desesperado en una cárcel de tormentos. Considerando San Juan Crisóstomo al rico Epulón, tenido por dichoso en este mundo por haber sido rico, pero que, al fin, fue condenado al infierno, y a Lázaro, tenido por desgraciado por ser pobre, pero luego feliz por haber ido al paraíso, exclama: «¡Oh infeliz felicidad que lleva al rico a eterna infelicidad! ¡Oh feliz infelicidad que conduce al pobre a felicidad eterna!»[(9)].

¿De qué sirve, pues, angustiarse, como hacen algunos, diciendo: «Quién sabe si estoy condenado o predestinado»? Cuando se corta un árbol, ¿a qué lado cae? Cae, sin duda, hacia el lado donde está inclinado. ¿A qué lado te inclinas tú, hermano mío? ¿Qué vida llevas? Procura inclinarte siempre hacia el Mediodía; es decir, consérvate en gracia de Dios, evita el pecado, y de esta suerte te salvarás y serás predestinado. Y para evitar el pecado ten siempre fijo ante los ojos del alma el pensamiento de la eternidad, llamado por San Agustín *gran pensamiento*. Esta consideración ha movido a dejar el mundo a muchos jóvenes y los ha llevado a los desiertos, para no ocuparse más que del negocio de su alma, y de esta suerte han asegurado su salvación; y ahora, que están en la gloria, serán felices por toda la eternidad.

Una señora que vivía alejada de Dios se convirtió con sólo oír al Beato Padre Avila estas palabras: «Meditad, señora, estas dos palabras: *siempre, jamás»*[(10)]. El Padre Pablo Séñeri, sobrecogido un día por el pensamiento de la eternidad, en varias noches seguidas no pudo conciliar el sueño, y desde aquel momento se determinó a llevar vida más austera. Refiere Darselio que un obispo se servía de este pensamiento de la eternidad para animarse a llevar una vida santa, y sin cesar se estaba diciendo: «A cada instante estoy a las puertas de la eternidad. Se cuenta de un monje que se sepultó en una tumba y allí no cesaba de exclamar: «¡Oh eternidad! ¡Oh eternidad!»[(11)]. «El que cree en la eternidad —decía el Beato Padre Avila— y no se hace santo, debería estar encerrado en una casa de locos»[(12)].

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios mío!, tened compasión de mí; yo bien sabía que. pecando, me condenaba a mí mismo a una eternidad de tormentos, y, con todo, he tenido el placer de contrariar vuestra santísima voluntad. ¿Y por qué ? Por un vil placer. ¡Ah, Señor mío!, perdonadme, que ya me arrepiento de todo corazón; no quiero resistir más a vuestra santísima voluntad. ¿Qué hubiera sido de mí si me hubierais mandado la muerte cuando llevaba vida tan desordenada? Estaría en el infierno maldiciendo eternamente vuestra voluntad. Mas ahora la amo y quiero amarla siempre: *Enseñadme a hacer vuestra voluntad*. Sí, enseñadme y dadme fuerzas para seguir en todo vuestro divino beneplácito. No quiero resistiros más,

¡oh Bondad infinita!, y por todo favor os pido *que se haga vuestra voluntad así en la tierra como en El cielo*. Otorgadme la gracia de cumplir perfectamente vuestra voluntad, y nada más os pido. ¿Y qué otra cosa queréis Vos, Dios mío, sino mi bien y mi salvación? ¡Oh Padre Eterno!, atended a mis ruegos por amor de Jesucristo, que me ha enseñado a recurrir a Vos sin cesar, y en su nombre os pido *hágase vuestra voluntad, hágase vuestra voluntad, hágase vuestra voluntad.* ¡Cuan dichoso seré si en lo que me resta de vida y hasta el fin de ella cumplo vuestra voluntad.

Bienaventurada sois, ¡oh María!, que tan perfectamente cumplisteis la voluntad de Dios; obtenedme, por vuestros méritos, que a lo menos la cumpla yo todos los días que me quedan de vida.

PUNTO TERCERO
Estamos en la tierra para conquistar la eternidad bienaventurada.

Irá el hombre a la casa de su eternidad. Irá —dice el Sabio—, para declararnos que cada uno irá a la morada que se ha escogido; no le llevarán, sino que él mismo irá por su propia voluntad. Verdad es que Dios quiere que todos se salven, pero no quiere que se salven a la fuerza. *Delante del hombre están la vida y la muerte*. Dios ha puesto delante de cada uno de nosotros la vida y la muerte, y la que escojamos, ésa nos dará. *Y lo que escogiere le será dado.* Dice también Jeremías que el Señor nos ha señalado dos sendas por donde podemos caminar: una que conduce al paraíso, otra que nos lleva al infierno. *Mirad que Yo os pongo delante el camino de la vida y el camino de la muerte*. A nosotros nos corresponde escoger. ¿Cómo podrá llegar al término final de la gloria el que se obstina por seguir- el camino del infierno? Es cosa extraña que todos los pecadores se quieran salvar, y, sin embargo, ellos mismos se condenan al infierno, y luego dicen: «Espero salvarme.» «¿Quién habrá tan loco —dice San Agustín— que se trague un mortal veneno con la esperanza de que se ha de curar?». Y, sin embargo, ¡cuántos cristianos hay tan insensatos que, pecando, se condenan a muerte eterna *y* luego dicen: «¡Ya tomaré después el remedio!» ¡Oh esperanza engañosa, que tantas almas ha arrastrado al infierno!

No seamos nosotros tan insensatos como éstos; no olvidemos que se trata de la eternidad. ¡Qué de trabajos se imponen los hombres para construirse una casa cómoda, hermosa y bien ventilada, porque la han de habitar toda su vida! ¿Por qué, pues, son tan negligentes cuando se trata de la morada que han de habitar por toda la eternidad? «La eternidad —dice San Euquerio— es un negocio en el cual debemos echar todos nuestros caudales». Porque no se trata de una casa más o menos cómoda, mejor o peor ventilada, sino de estar en el paraíso entre los amigos de Dios, rebosando en delicias, o bien en un abismo de tormentos en

compañía de la turba infame de tantos criminales, herejes e idólatras. Y esto ¿ por cuánto tiempo? No, a buen seguro, por veinte o cuarenta años, sino por toda la eternidad. Negocio es éste, cuestión es ésta, no de poco momento, sino de suma importancia. Cuando Tomás Moro fue condenado a muerte por Enrique VIII, Luisa, esposa de Moro, intentó persuadirle a que accediera a lo que el rey le pedía. «Dime, Luisa —le dijo entonces el invicto mártir—, ya ves que soy anciano achacoso; ¿cuántos años podré vivir todavía?» «Aún puedes vivir —repuso la esposa— otros veinte años más.» «¡Qué mal entiendes de negocios! —contestóle Tomás Moro—. ¿Y por veinte años más de vida en este mundo quieres tú que pierda una eternidad feliz y me condene a una eternidad de tormentos?»[(13)].

¡Oh Dios mío, iluminadnos! Aun cuando la eternidad fuera cosa dudosa, o tan sólo una opinión probable, deberíamos, con todo, poner gran cuidado en llevar Una santa vida, para no correr el riesgo de ser eternamente desgraciados si llegase a acontecer que esta opinión fuese verdadera. Mas esta doctrina no es dudosa, es cierta; no es una mera opinión, es una verdad de fe. *Irá el hombre* —dice el Espíritu Santo— *a la casa de su eternidad*. «¡Ah, que la falta de fe —dice Santa Teresa— es la causa de tantos pecados y de la condenación de tantos cristianos!»[(14)]. Avivemos nuestra fe diciendo: *Creo en la vida eterna.* Creo que después de esta vida hay otra que no acabará jamás; y, teniendo este pensamiento siempre fijo en nuestra mente, tomemos los medios para asegurar nuestra salvación. Frecuentemos los Sacramentos, hagamos meditación cada día, no se nos caiga del pensamiento la idea de la vida eterna y huyamos las ocasiones peligrosas de pecar. Y si menester fuera abandonar el mundo, abandonémoslo, «porque no hay seguridad que baste —dice San Bernardo— donde está en peligro la eternidad».

AFECTOS Y PETICIONES

¿Conque no hay medio, oh Dios mío? ¿O seré para siempre feliz o para siempre desgraciado? ¿O en un mar de delicias o en un océano de tormentos? ¿O siempre con Vos en la gloria o siempre en el infierno, lejos y separado de Vos? Bien sé que he merecido muchas veces el infierno; pero tampoco ignoro que perdonáis al que se arrepiente y libráis del infierno al que en Vos pone su confianza. Vos me lo habéis prometido cuando dijisteis: *Clamará a Mí y le oiré benigno...; pondréle en salvo y le llenaré de gloria*.

Perdonadme luego, Señor mío, y libradme del infierno. Sobre todo mal me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de haberos ofendido. Devolvedme presto vuestra divina gracia y dadme vuestro santo amor. Si ahora estuviera en el infierno, no podría amaros y tendría que odiaros eternamente. Pero ¿qué mal me habéis hecho

para que así tuviera que odiaros? Me habéis amado hasta dar la vida por mi, y sois digno de amor infinito. ¡Oh Señor!, no permitáis que vuelva de nuevo a separarme de Vos. Os amo y quiero amaros eternamente. *¿Quién me separará de la caridad de Cristo?*. Sólo el pecado, Jesús mío, puede separarme de Vos; pero no lo permitáis, os lo ruego, por la sangre que por mí habéis derramado. Dadme la muerte antes que vuelva a pecar. *No permitas que me aparte de Ti*.

¡Oh Reina y Madre mía, María, ayudadme con vuestras plegarias! Alcanzadme la muerte, y mil muertes, antes que tenga la desgracia de perder el amor de vuestro divino Hijo.

---

(1) S. Gregorio Magno*, Dialogorum lib. IV*, c. 38. ML 77-303

(2) Gentilhombre, ¿Borja?

(3) La visión que narra Lohner se refiere a un varón muy piadoso que había sufrido tres años de gota.

(4) Esta Sor Juana pertenecía por su nacimiento a las casas de los duques de Béjar y del Infantado. Murió en Medina del Campo el 10 de mayo de 1628.

(5) ¡Oh, válgame Dios Nuestro Señor! ¡Oh, qué dureza! ¡Oh. qué desatino y ceguedad! Que si se pierde una cosa, una aguja, o un gavilán, que no aprovecha de más de dar un gustillo a la vista de verle volar por el aire, nos da pena, ¡y que no la tengamos de perder esta águila caudalosa de la majestad de Dios y un reino que no ha de tener fin el gozarle! ¿Qué es esto?, ¿qué es esto? Yo no lo entiendo. Remediad, Dios mío, tan gran desatino y ceguedad (S.Teresa de Jesús, *Exclamacines,* XIV. *Obras,* IV (Burgos. 1917), p. 289).

(6) Axiomas de esta clase eran corrientes en los predicadores, v. gr.. el P. Séñeri: «Acordaos que morir mal una vez es morir mal para siempre: *Periisse semel, aeternum periisse ést»* (segneri, P., *Il cristiano istruito,* parte 3ª. ragg.° ult.° *Opere,* III. Venezia, 1742, p. 354)..

(7) Gran remedio es para esto traer muy continuo el pensamiento de la vanidad que es todo y cuan presto se acaba, para quitar las afecciones de las cosas que son tan baladíes, y ponerla en lo que nunca se ha de acabar; y aunque parece flaco medio, viene a fortalecer mucho el alma (S. Teresa de Jesús, *Camino de perfección,* c. 10. *Obras,* III (Burgos, 1916), p. 51).

(8) El texto De San Agustín lo tornó probablemente San Alfonso de Dresselio: «Hinc tam serio clamat et precatur Augustinus: Domine, hic ure. hic seca, modo in aeternum pareas.» *(De aetenitate. Opera,* I, Lugduni, 1658, p. 15). La idea se halla en el Doctor de Hipona: «Medicus est [Dominus], adhuc putre habes nescio quid. Clamas: sed adhuc secat, et non tollit manum nisi secuerit quantum videtur. Etenim rnedicus crudelis est qui exaudit hominem, et parcit, vulneri et putredini... Sic et Deus noster plenus est charitate: sed ideo videtur non exaudire, ut sanet et parcat in sempiternum (S. Augustinus, *Enarratio in Ps. XXXIII, Sermo II,* n. 20. ML 36-319).

. (9) Probablemente tomó San Alfonso este texto del P. Bartoli *(L'eternitá consigliera,* Venezia, 1665, p. 36), el cual lo reproduce así: «O infelix felicitas,quae divitem ad aeternam infelicitatem traxit! O felix infelicitas, quae pauperem ad aeternitatis fe-licitatem perduxit! *(Hom. I de divite et Lázaro).* Sin embargo, ni en Migne (MG 49-963, 1954) ni en ninguna de las ediciones consultadas de San Juan Crisóstomo he hallado la cita tal cual la reproducen estos dos autores.

(10) Probablemente se refiere a la conversión de doña Sancha Carrillo, hija de don Luis Fernández de Córdoba. Cf. Roa

(11) San Juan Clímaco *(Scala paradisi,* Gradus VI. MG 88-798) narra un caso parecido de un monje que se tapió durante doce años en celdita y que, viviendo en ese espacio de tiempo sin cruzar con nadie la palabra, decía en el trance de muerte: «Ignoscite, inquit, nemo qui mortis memoríam animo infixerit, unquam peccare poterit.»

(12) Juan de Avila, *Tratado espiritual sobre el él v. Audi, Filia, c.* 48. Es éste un pensamiento que viene a menudo a los puntos de la pluma del Beato Maestro Juan de Avila, principalmente cuando escribe a personajes nobles que por él se dirigían. Cf. *Cartas.*

(13) El ejemplo de Santo Tomás Moro era clásico en los predicadores coetáneos de San Alfonso.

[14] ¡Oh, válame Dios! Qué hace tener tan dormida la fe para lo uno y para lo otro, que ni acabamos de entender cuan cierto tenemos el castigo, ni cuan cierto el premio (S. Teresa de Jesús, *Camino de perfección, c.* XXX. *Obras,* III, Burgos, 1916, p. 140).

.